# ESCENAS FANTÁSTICAS.

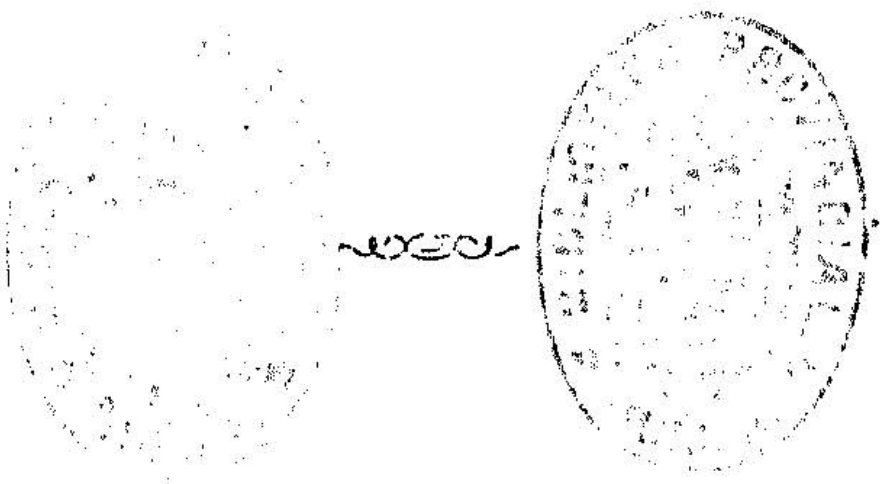
UNIVERSIDAD DE MURCIA
1204639

R. 13.612

JOSÉ SELGAS

---

# ESCENAS FANTÁSTICAS



MADRID
CÁRLOS BAILLY-BAILLIERE
Plaza do Topete (antes de Santa Ana), número 10.

Es propiedad.

MADRID, 1876.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.
Duque de Osuna, 3.

# PREOCUPACIONES.

Hay en el espíritu humano marcada tendencia hácia todo lo maravilloso, en la cual caen lo mismo los espíritus débiles que los *espíritus fuertes*. Los hombres que se envanecen con el título de *despreocupados* no son, ciertamente, los que ménos incurren en supersticiones más risibles que aquellas de que su despreocupacion se burla.

Entre los jugadores de profesion, gente por lo comun desalmada, que no cree ni en la fortuna, pues confia más el éxito de sus apuestas á las habilidades de la destreza que á los caprichos de la suerte, se encuentra establecida la supersticion de los *martin-galas;* y no hay tahur, por distinguido que sea el garito que frecuente, que no dé algun crédito á las maravillosas combinaciones de las cábalas, por medio de las que se pretende sorprender y esclavizar los ocultos designios de la loca fortuna; y los hay que creen en ellas á puño cerrado.

Positivamente esas cábalas estupendas fracasan la ma

yor parte de las veces ó casi todas, y bien puede decirse que no sale ninguna; pero estas decepciones del prodigio cabalístico tienen siempre una explicacion que pone la credulidad á cubierto de toda duda, y asegura y áun confirma la infalibilidad del procedimiento. Puede dificultar el éxito cualquier circunstancia imprevista, un accidente con el que no se habia contado, y, vamos, no siempre se aprecia bien el valor de ciertos pormenores; y sea como quiera, la cábala no se equivoca nunca; en todo caso el desacierto consiste en la torpeza del cabalista.

Por lo demas el jugador, preocupado con su buena ó mala suerte, atribuye su adversa ó su próspera fortuna á una porcion de circunstancias de todo punto indiferentes para el resto de los hombres. Si gana, no lo interrumpais, no distraigais su atencion absorta que sigue con éxito completo las misteriosas combinaciones del juego; está en la buena *racha*, y un accidente cualquiera puede turbar el curso feliz de los naipes, cuyo secreto posee en aquel instante por la virtud inexplicable de una intuicion prodigiosa; se halla en el momento lúcido en que ve la carta que viene mucho ántes de que venga. Sí señor; para los jugadores los naipes proceden con cierta lógica, hay cierto órden que, una vez sorprendido, es tener en la mano la fortuna. ¡Con que se pone su dinero á un caballo infalible, á una sota inevitable, á un tres victorioso!... ¡Su dinero!... eso es poco... le pondria la vida... Pero ¡ah! un cambio de *córte* ó un cambio de baraja puede quebrar el juego, esto es, disipar el prodigio, desvanecer el encanto, romper el influjo magnético de la suerte, la atraccion de

la fortuna, porque, ya se sabe, cada baraja tiene su sistema y cada mano su influencia.

Si pierde lo veréis inquieto mudar de sitio, cambiar de barajas, porque hay sitios adversos y los naipes tienen tambien sus enemistades y sus preferencias, sus simpatías y sus aversiones... y conviene buscar un lugar propicio y una baraja amiga. Despues de agotadas todas las tentativas, desvanecidas todas las esperanzas, consumido todo el bolsillo, encuentra en cualquier incidente la causa funesta de su desgracia: la luz, la mesa, el silencio ó el ruido... una distracion en el momento más solemne... todo ha sido causa de su ruina ménos él, porque él ha jugado con todas las reglas del arte; pero una mano invisible, una influencia adversa ha trastornado el órden lógico de los naipes introduciendo un verdadero trastorno entre ellos. *No se daba juego ni arriba ni abajo, quebraban los lados* con una frecuencia desastrosa y era imposible seguir aquel torbellino de naipes.

Y este hombre, generalmente descreido, no es en resúmen más que un abismo de credulidades; su despreocupacion un saco de preocupaciones. Si os gusta observarlo todo, penetrad por un momento en el salon de cualquier garito y veréis circular alrededor de la mesa de juego las más ridículas supersticiones. El jugador ha inventado un verbo para designar la accion funesta de las influencias adversas: ese hombre me *azara*, esa conversacion me *azara*. ¡Ah! cuando pierde todo le *azara*.

Tampoco los sabios que no creen más que en las demostraciones de la ciencia se libran de esa propension á lo maravilloso y entregan muchas veces su credulidad

á lo inexplicable. Platon creia sencillamente que Dios era redondo. Sócrates, poco ántes de morir, incurre en la debilidad de mandar hacer un sacrificio á Esculapio; toda su filosofía no acertó á impedir ese homenaje supersticioso. Descártes se creyó de buena fe investido, no sabemos por quién, del poder de redactar, para uso de todo el género humano, un cuerpo completo de filosofía. Otro sabio de nuestros tiempos asegura, bajo la conviccion de su palabra, que la ciencia descubrirá al fin el modo de hacer eterna la vida del hombre sobre la tierra. Si bien se mira, la sabiduría moderna es un conjunto de sábias supersticiones.

De esas alturas ha descendido una nube de misterios y de maravillas. No hace mucho tiempo que el mundo culto, lleno de curiosidad y de asombro, se entretenia en hacer girar las mesas bajo la influencia prodigiosa del círculo magnético. En todas partes se veian corros de gente, más ó ménos ilustrada, haciendo los más curiosos experimentos acerca de tan raro fenómeno. La preocupacion era universal; las mesas giraban sobre sí mismas. Eso sí, al principio se negaban, crujian sordamente como si opusieran los esfuerzos de la última resistencia; pero al fin se dejaban manejar por el influjo irresistible de las manos suspendidas sobre ellas. Por algun tiempo fué indudable la realidad del fenómeno, y habria sido hasta de mal gusto no creer en la singularidad del prodigio.

Pasado el primer furor de los experimentos, perdió el caso todo el prestigio de la novedad y las mesas volvieron á su natural reposo, dejando establecido el misterio

de su inexplicable movilidad. Mas al mismo tiempo la corriente de otra preocupacion recorria el mundo poniendo en conmocion los ánimos y en movimiento los espíritus. Las mesas se movian por la fuerza desconocida de un fluido incógnito; era un enigma de la naturaleza que la curiosidad habia devorado en unos cuantos dias; le faltaba algo para constituir una verdadera maravilla; algo que estuviera fuera de las realidades físicas de la naturaleza y abriera á nuestros ojos atónitos las fantásticas puertas de un mundo insondable.

Las mesas rodaban bajo el simple contacto de nuestros dedos, y una vez descubierto el sortilegio de esa actividad inexplicable, no habian de detenerse en el primer paso. Tratándose de mesa, claro está que eso era de cajon, y, vamos, no se hizo esperar mucho el nuevo prodigio. De repente comenzó á circular una voz misteriosa que decia: «las mesas hablan», y dicho y hecho, se extienden por todas partes las supersticiones del *espiritismo*, se establecen asociaciones, se fundan periódicos, se publican libros. No hay más, se ha roto la pared que nos separaba de la eternidad y estamos en íntima y familiar comunicacion con el mundo de los espíritus. La mesa más insignificante puede servir de telégrafo. Llamad, y no faltará un espíritu ocioso que acuda á la cita. La mesa es el intérprete si no hay á la mano un *medium* que se encargue de trasmitirnos las oscuras sentencias del oráculo por medio de un lápiz que escribe ¡oh maravilla! á pesar de la mano que lo sujeta.

El prestigio de tan estrambótica supersticion es irresistible, y las experiencias se multiplican y la secta se

extiende; apénas hay casa en las grandes ciudades donde no haya una mesa que hable por los codos; al volver de cada esquina se encuentra un *medium*, y donde ménos se espera salta un *espiritista*.

¡Quién piensa ya en los prodigios del *sonambulismo!* Nadie. Hacer dormir á cualquiera sin más narcótico que el poder de unos cuantos *pases;* hacerle ver al traves de los párpados cerrados y al traves de enormes distancias; hacerle hablar lenguas que ignora y descubrir secretos impenetrables de enfermedades ocultas en el misterio del organismo humano, son hechos extraordinarios dignos de nuestra culta credulidad, y ciertamente el vulgo ilustrado ha visto en ellos los primeros anuncios de una naturaleza fantástica, desconocida hasta ahora, llena de pasmosas maravillas. Mas lo que hoy cautiva nuestra imaginacion y recrea nuestra absorta curiosidad son los fúnebres fenómenos del *espiritismo*. Hasta ahora ese oráculo invisible no se ha explicado con bastante claridad, pues los *espíritus* forzados á responder por la tenacidad de las evocaciones, eluden las preguntas con artificiosas respuestas, cuando no se burlan de los que los invocan con los más estupendos disparates. Y bien, semejante proceder es disculpable; cuando ménos puede decirse que no han adquirido aún bastante confianza para entregar á la intemperante locuacidad de los vivos los secretos de los muertos, y entre tanto nada más propio de nuestra sábia despreocupacion que estar con la boca abierta esperando las enigmáticas sentencias de la nueva *esfinge*.

Y, en verdad, no es preciso recurrir al mundo misterioso de la naturaleza ni al mundo sepulcral de los di-

funtos para esparcir nuestro ánimo descreido con el fanatismo de otras variadas preocupaciones, porque la industria proporciona diariamente pasto abundante á nuestra ociosa credulidad.

Siempre que fijo los ojos en la cuarta plana de cualquier periódico, veo una coleccion creciente de increibles maravillas, y no acierto á persuadirme cómo hay todavía sobre la tiérra seres humanos que se obstinan en envejecer, que insisten en la manía de padecer enfermedades, y lo que es más inaudito, que tienen el capricho de morirse, porque hé aquí uno que ofrece la *belleza eterna* por medio de los más sencillos procedimientos; más allá se encuentra el *Agua azahar de Sevilla*, cuyos prodigios higiénicos están reconocidos por los médicos más célebres de Europa; mas acá aparece el *Café nervino*, arrancado á la sabiduría de *Adam Perath*, médico hebreo y moro por más señas, ante el que huyen despavoridas las más tenaces dolencias. «*No más calvos*, grita uno, y atestigua la virtud de su milagroso elixir con innumerables casos.» «*No más tísis*», grita otro, y adquiere completa popularidad el portento de su medicina. ¿Se trata simplemente de las puras satisfacciones del paladar? Pues bien, ahí tenemos los *chocólates de Matías Lopez* que han alcanzado, por privilegio sobrenatural, una perfeccion inimitable. La muerte se detiene espantada ante el hechizo de las *Píldoras de Holloway*, y en fin, la magia universalmente conocida de la *Revalenta arábiga*, asegura al género humano una salud perpétua, impermeable, indestructible.

Y cada una de estas maravillas es un secreto impene-

trable, un misterio que la razon no alcanza, un enigma que la ciencia no descifra, y cuyos prodigiosos efectos están autorizados por medallas honoríficas alcanzadas en unas y en otras Exposiciones, por la recomendacion de las más respetables celebridades y por el testimonio inagotable de millones de cartas de enfermos agradecidos. Moribundos hay que se levantan del fondo mismo del sepulcro á dar testimonio de la autenticidad del portento; y la multitud despreocupada, y la multitud sencilla, arrastradas por lo maravilloso del suceso, acuden con su credulidad, con su entusiasmo y con su dinero á enaltecer la virtud, digámoslo así, diábolica de tanto prodigio: el éxito mercantil que obtienen asegura la popularidad de la mercancía.

No creo que haya habido en ninguna época, ni más charlatanes, ni más supersticiones. Nunca se ha abusado tanto de la credulidad del vulgo, que constituye la gran mayoría del género humano.

El lector, pues, que haya observado con alguna atencion este fenómeno de nuestro descreimiento y de nuestra despreocupacion, no ha de extrañar las preocupaciones que dan vida á las *Escenas Fantásticas* que le ofrezco en el presente libro.

Supersticiones abominables unas veces, y pueriles preocupaciones otras, ellas atestiguan la facilidad con que la imaginacion acoge todo lo que la razon no alcanza. Puede decirse que el alma humana necesita el misterio y le es indispensable el prodigio: lo que es ó le parece sobrenatural tiene á sus ojos un prestigio indecible. No hay descreimiento ni despreocupacion que se-

resista siempre á esa voz recóndita que nos habla en la soledad de nuestro pensamiento, de un poder que está por encima de la ciencia y de la naturaleza, y de un mundo que se escapa á nuestro alcance. Por eso la incredulidad está llena de credulidades y la preocupacion poblada de preocupaciones.

# LA MARIPOSA BLANCA.

## I.

Berta acaba de cumplir diez y siete años. Hermosa edad en que el amor empieza á confiar al corazon de las mujeres íntimos secretos; pero, pícaro amor; por cada confidencia que les hace les arranca un suspiro. Mas hé aquí que Berta tiene á mano un espejo, y vuelve á él los ojos, se contempla un instante y despues de suspirar se sonrie. Y le sobra razon para sonreirse, porque el espejo le pone delante el rostro más gracioso que puede imaginarse; sea la que quiera la inquietud que el amor haya despertado en su corazon, la imágen que el espejo le ofrece tiene bastante encanto para disiparla.

¿Por qué no? Vamos á ver:—¿Qué le ha dicho su corazon?—¡Oh! que está triste.—Triste, ¿por qué?—¡Friolera! porque se estremece dominado por un sentimiento nuevo, extraño, original, qué capricho! le parece que ha cambiado de dueño.—¿Y bien...?—Ese es el caso, que no sabe dónde ha aprendido que los hombres son ingra-

tos, inconstantes, y he ahí por qué Berta suspira.—Ya. ¿Y qué le dice el espejo para consolarla?—Pues, el espejo le dice que es hermosa.—¿Sí?—Sí: que sus ojos son negros y brillantes, sus cejas magníficas, sus mejillas frescas y sonrosadas.—¿Y qué?—Es claro, su corazon se llena de esperanzas, y hé ahí por qué Berta se sonrie.

Esta es la situacion de ánimo en que la encontramos. Hasta ahora ha pasado la vida sin pensar más que en las inocentes locuras de la infancia; ha sido niña hasta que ha cumplido los diez y siete años, pero niña bulliciosa, alegre, movible, intrépida, diabólica, revolvia la casa y hubiera sido capaz de revolver el mundo; ni temia ni debia; jugaba como una loca y dormia como una tonta. Ya se ve, su madre habia muerto ántes que Berta pudiera conocerla, y aunque junto la cabecera de su cama estaba el rètrato de su madre, esta imágen, á la vez dulce y severa no era bastante á contener las impetuosidades irreflexivas de la niña. Ademas era hija única, y su padre, de quien darémos despues algunas noticias, se estaba mirando en ella. Habia más aún, y es que su nodriza, que hacía en la casa las veces de ama de llaves, era á la vez cómplice y encubridora de todas sus diabluras, porque, vamos, la queria como á las niñas de sus ojos.

No se necesita tanto para hacer de un ángel un diablillo, y en verdad Berta necesitaba mucho ménos, porque la viveza natural de su carácter la hacía materia dispuesta para toda clase de travesuras. Las contrariedades la impacientaban hasta el punto de romper en llorar; pero

¡qué llanto! á lo mejor, en medio de las lágrimas, allá va, soltaba la carcajada, porque su alma era toda alegría, alegría espontánea, comunicativa, la alegría de los pájaros cuando el dia amanece.

Pero ¡qué demonio! aquella alegría no habia de ser eterna, y quieras que no quieras, alguna vez habia de llegar el momento en que Berta sentára la cabeza, porque no era natural que fuese una loca toda su vida, y ese momento llega al fin, y de la noche á la mañana aquella alegría bulliciosa empieza á apaciguarse, á oscurecerse lo mismo que una tempestad que pasa y lo mismo que un cielo que se nubla.

La nodriza es la primera que echa de ver el cambio de Berta, y aunque las travesuras de la niña le tenian sorbido el seso, al verla callada, reflexiva, meditabunda, es decir juiciosa, se le vuela el frasco de puro contento. La niña ya es mujer, ¡que misterio tan grande! ha dejado el aturdimiento de la infancia para entrar en la formalidad de la juventud. ¡Pobre mujer! no sabe que un jóven es mil veces más loco que un niño; pero el caso es que Berta parece otra. Y esto ha sido de pronto, de la noche á la mañana, como quien dice en un abrir y cerrar de ojos.

Bien, muy bien le sienta la formalidad; parece más alta, más... más todo: no hay nada que pedirle; pero desde que tiene juicio la casa está sorda; aquellos cantares, aquella algazara, todo aquel estrépito ha caido en un pozo. La buena nodriza, que está en sus glorias viéndola tan quieta, tan pacífica, tan formal, echa de ménos aquella ruidosa alegría que llenaba la casa, y si le dieran á elegir no sabria á qué carta quedarse.

Bueno; así pasan los dias serenos y tranquilos. Berta, que madrugaba tanto, ya no se levanta tan temprano. ¿Duerme más? Eso es lo que no se sabe; pero si no duerme más, se ve que come ménos, y no es esto solo, sino que de vez en cuando, y sin venir á cuento, se le escapan unos suspiros que parten el alma.

La nodriza, que bebe los vientos por ella y que es capaz de contarle los pelos al diablo, lo observa todo y calla. Calla, pero la procesion va por dentro. Es decir, que á cada suspiro que oye tuerce la boca, se guiña el ojo y se dice á sí misma:

—¡Hum! ya la tenemos.

Por supuesto, no calló por mucho tiempo, pues no era mujer que se daba fácilmente un punto en la boca. Ademas, la formalidad de Berta iba ya picando en historia, y á la nodriza no le llegaba la camisa al cuerpo, porque, como ella decia, al principio se hacen los panes tuertos ó derechos.

Y si pudo callar por algunos dias fué porque esperaba que la misma Berta abriera al fin la boca y cantára de plano; pero Berta no se daba por entendida; era un arca cerrada que la nodriza se empeñaba en abrir sin conseguir abrirla; y prueba por aquí y prueba por allí, y el arca firme que firme. Se habia perdido la llave y no le venía ninguna de las que colgaban del llavero del ama de llaves. Iba á ser preciso forzar la cerradura.

Un dia se dejó de chiquitas y se fué derecha al toro. Entró en el cuarto de Berta y la encontró entretenida en prender á sus cabellos negros un clavel encendido como la grana.

—Así quiero—le dijo al verla.—Muy bien. ¡Que clavel tan hermoso, parece de fuego, y en tus macetas no se crian esos claveles.

Berta bajó los ojos.

—Pues—siguió diciendo—Tú te imaginas que yo estoy en babia, cuando sabes que las cojo al vuelo. Ya, ya, ¡la que á mí se me escape! Y vamos á ver, ¿te han cosido la boca?

Berta se puso encarnada como una amapola.

—¡Bah!—exclamó la nodriza.—Ese clavel ha venido volando de la terraza que da en frente de estos balcones. Desde aquí veo la maceta: ayer tenía cuatro y hoy no tiene más que tres. ¿El vecino, eh? ¡qué locura! Vamos, eso no tiene piés ni cabeza.

Esta vez Berta se puso pálida y miró á su nodriza fijamente como si no entendiera sus palabras.

—No quiero decir—replicó la nodriza—que te metas monja, ni quiero decir tampoco que el vecino sea carga de paja; pero tú te mereces un rey, y esto no tiene formalidad ninguna. Cuatro señajos de balcon á balcon, cuatro miradas de reojo y luégo ¿qué? nada... lo mismo el uno que el otro, si te ví no me acuerdo.

Berta movió la cabeza.

—¿Dices que no?—preguntó la nodriza.

—Digo que no—contestó Berta.

—¿Por qué? Vamos á ver, ¿por qué?... ¿Quién te asegura...

Berta no la dejó concluir.

—Nuestros juramentos, dijo.

—¡Juramentos!—exclamó la nodriza santiguándo-

se.—¡Esas tenemos...! Juramentos—repitió con desden—vaya una cosa... palabras que se lleva el aire.

Algun recuerdo de la juventud debió acudir á su memoria en aquel momento, porque suspiró y siguió diciendo:

—¡Y qué! ¿Serán los primeros juramentos que se han roto en el mundo...? Hoy... bien... no hay otra cosa que ver más que el vecino, pero ¿y mañana?

—Nunca—replicó Berta.

—Peor que peor—añadió la nodriza—porque entónces será él el que haga de su capa un sayo, y vaya usted á ponerle puertas al campo. Ahora lo tendrás hecho un almíbar, pero luégo será ella. ¿Qué vas á decirme? ¿que es jóven, buen mozo? ¡Tonta, tonta, tonta! ¿deja por eso de ser hombre? ¿Quieres saber lo que son los hombres?

Berta se acercó á su nodriza, le puso la mano en la boca y le contestó al golpe:

—No, no quiero saberlo.

Salió la nodriza del cuarto de Berta con las manos en la cabeza, mascullando estas palabras:

—¡Loca, loca de remate!

## II.

Ya sabemos que Berta tiene padre, y ahora vamos á saber que este padre, sin ser un hombre enteramente extraordinario, no es un hombre cualquiera. Viéndole, parece que ha pasado ya de los sesenta años; pero no hay

que fiarse de las apariencias, porque no ha llegado á cumplir los cuarenta y nueve. En la misma ciudad en que habita viven algunos que han sido compañeros de su infancia, y todavía son jóvenes; mas el padre de Berta enviudó muy pronto, y la viudez acabó con su juventud. Desde aquel dia liquidó sus cuentas, se retiró de los negocios, recogió algunos bienes de fortuna y se enterró vivo. Quiero decir, que se dedicó al cuidado de su hija, en la cual veia el retrato de la mujer que habia perdido. ¿Para qué queria él ser ya más tiempo jóven? Envejeció, pues, mucho ántes de haber envejecido.

Berta... Berta... En ese nombre se encerraba todo su pensamiento, y este pensamiento tenía mucho de dulce y mucho de amargo, porque no hay en el mundo de las felicidades humanas vaso de miel que no tenga su gota de acíbar.

Al verlo pasearse de un extremo á otro de su cuarto, mirar unas veces al suelo y otras veces al techo, pararse y volver á andar, morderse las uñas y rascarse la frente, se creeria que el cielo iba á desplomarse sobre su cabeza, ó que la tierra iba á abrirse debajo de sus piés.

De pronto se dió una gran palmada en la frente y se acercó á la puerta de la habitacion en que se hallaba, entreabrió la cortina que la cubria, sacó la cabeza y quiso pronunciar alguna palabra, que no salió de sus labios, quedándose con la boca abierta.

La causa de la sorpresa que experimentaba era la nodriza que, sin reparar en el movimiento de la cortina, se acercaba á la puerta gesticulando desaforadamente; algo extraordinario traia entre ceja y ceja.

El padre de Berta retrocedió, la nodriza entró en el cuarto y los dos se quedaron frente á frente, mirándose uno á otro como si aquella fuese la primera vez que se veian.

—Qué hay, ama Juana—dijo el padre de Berta.—Trae usted una cara que yo no le he visto nunca.

—Pues la de V.—replicó el ama—no tiene por donde el diablo la desecche. Si es verdad que los muertos resucitan, es claro que acaba V. de salir de la sepultura, claro como la luz del dia.

El padre de Berta arqueó lentamente las cejas, exhaló un gran suspiro, y sentándose como si le agobiára el peso de la vida, volvió á preguntar:

—¿Qué hay?

—Hay—contestó la nodriza—que el demonio se ha metido en esta casa.

—Es posible—añadió él—y si dice V. que áun no hace una hora que acaba de salir de este cuarto, no dirá usted ningun desatino.

—¡Jesus mil veces!—exclamó el ama.—¡El demonio aquí!

—Sí, ama Juana; el demonio en persona.

—¿Y V. le ha visto!

—Le he visto.

—¡Horrible visita!—exclamó Juana santiguándose.

—No—dijo el padre de Berta—no es horrible. Ha tomado el aspecto de un hermoso jóven que tiene todo el aire de un formidable calavera.

—¿Y por dónde ha entrado aquí ese demonio?

—Por la puerta, Juana, por la puerta.

—¡Sin llamar!... ¡Sin esperar que le abran!

— El demonio ès así, replicó el padre de Berta. Se metè por cualquier parte. Yo no lo esperaba: leia ese libro que está abierto encima de la mesa, y al volver una hoja, sentí como un soplo de aire, levanté los ojos y lo encontré delante de mí. Me quedé atónito. Quise ponerme de pié, pero apoyó su mano en mi hombro y me obligó á permanecer sentado; y á todo se sonreia, es decir, se me reia en las barbas. Eso sí, me dió mil excusas, tratándome con tanta familiaridad, que ántes de que yo le ofreciera una silla la tomó y se sentó como si estuviera en su casa.

El ama Juana oia sin pestañear, y habria creido que el padre de Berta se chanceaba, si el terror pintado en su semblante no atestiguára la formalidad de sus palabras. Ademas el buen señor no era hombre de chancearse. ¿Se habria vuelto loco? ¡Loco un hombre de tanto juicio! La nodriza se hacía cruces interiormente, sin saber qué pensar de lo que estaba oyendo.

— Y bien, preguntó: ¿á quién buscaba, qué queria?

— Venía á tiro hecho—contestó el padre de Berta.— Me buscaba á mí, y ha venido á proponerme un pacto.

— ¡Un pacto!—exclamó Juana.

— Sí; eso viene á ser, un pacto. ¿Qué dirá usted que quiere?

— ¡Qué!

— ¡Oh!

— Vamos.

— Quiere...

Se detuvo como si necesitára hacer un grande esfuerzo, y cruzando las manos exclamó diciendo:

— ¡Quiere casarse con Berta!

—¡Con Berta!—repitió Juana santiguándose de nuevo.

— Como V. lo oye... Ha venido muy francamente á pedirme su mano.

— Y V. habrá puesto el grito en el cielo, y el pobre diablo se habrá llevado un *no* como una casa.

— Ay, ama Juana, no se le dice que no al demonio tan fácilmente. No he sabido resistirme, no he podido defenderme y me ha cogido la palabra. ¡Qué hago yo ahora! Él es jóven, hermoso y rico, tiene la voz dulce, pero dice unas cosas que aterran... ¡que va á ser de ella! No, no puedo acostumbrarme á la idea de casarla. He dicho que sí, y ahora le diria que no mil veces. Ahora que no está delante, porque ha de saber V. que su presencia ata las manos y sujeta la lengua.

—¡Qué hombre!—exclamó la nodriza absorta.

El padre de Berta era muy bondadoso, y tenía de los hombres muy buena idea; así es que movió la cabeza con desaliento y repitió á su vez.

—¡Hombre!... Un hombre no sería tan cruel conmigo. Quitarme á Berta es quitarme la vida, es asesinarme sin que pueda defenderme; y vea V. lo más horrible; se casarán, y Berta se unirá para siempre al asesino de su padre.

El ama de llaves se cruzó de brazos, y hubo un momento de triste silencio.

De pronto dijo:

—¡Ah!... Berta dirá que no.

Una sonrisa amarga apareció en los labios de este padre infeliz, y la nodriza añadió:

— ¿No? Ahora lo verémos.

Y fué á salir en busca de Berta, pero al mismo tiempo se abrió la cortina y Berta apareció en el cuarto.

El clavel rojo llameaba sobre sus rizos profundamente negros como el fuego en la sombra: sus ojos brillaban con un resplandor extraño, y en la arrogante expresion de su rostro se adivinaba la firmeza de una resolucion irrevocable.

Miró alternativamente á su padre y á su nodriza, y con voz temblorosa dijo:

— Lo sé todo. Acaso sea la felicidad de toda mi vida, quizá sea mi eterna desventura; pero ese hombre es dueño de mi alma.

Sonrió primero á su padre y despues á su nodriza, y salió de la habitacion con el mismo desembarazo con que habia entrado.

La nodriza y el padre permanecieron inmóviles, mudos, consternados.

## III.

El demonio, pues, habia logrado introducirse en la casa de Berta de la manera que hemos visto, y no solamente se habia introducido, sino que habia tomado posesion de ella como si siempre hubiera sido suya. No dejaba la ida por la venida. Allí pasaba algunas mañanas, muchas tardes y todas las noches, y no habia manera de evadirse de sus asiduas visitas, porque Berta se hallaba siempre dispuesta á recibirlo; y no era tampoco

fácil enojarse, porque poseia el encanto de una jovialidad irresistible y era preciso no sólo resignarse, sino celebrar la gracia de su contínua presencia. Ademas, ni el padre de Berta ni el ama de llaves se atrevian á ponerle mala cara, y no sabian por qué invencible maleficio se sentian obligados á recibirlo en palmas con la mirada halagüeña y la risa en los labios.

Esto sucede cuando están bajo el influjo de su presencia, pues cuando se halla ausente, el padre y la nodriza se despachan á su gusto. Los dos se juntan y en secreto y en voz baja se vengan de él, desollándolo vivo. En estas secretas murmuraciones desahogan la aversion que les inspira, y entre la nodriza y el padre lo ponen como nuevo.

Y no les falta motivo para traerlo y llevarlo, porque desde que ha tomado la casa por asalto no se hace en ella más que lo que él quiere, él solo es el que manda, él solo es el que dispone; porque á Berta todo le parece bien y no queda más recurso que bajar la cabeza y darse un punto en la boca.

Mas no se contentan sólo con murmurar, sino que tambien conspiran..... ¿De qué medio se valdrán para echar abajo el dominio de aquel poder ilegítimo?... Porque á los ojos del ama de llaves es un usurpador, y á los ojos del padre de Berta es un tirano... Echarlo de la casa... Este es el pensamiento de la conspiracion... Pero ¿cómo?... hé ahí la dificultad que les cierra el paso.

Dos medios se les ocurren enteramente opuestos: huir ó defenderse. Huir es el proyecto del padre de Ber-

ta, es el recurso que más se acomoda á su carácter pacífico. Huir léjos... muy léjos... al fin del mundo.

Pero el ama de llaves replica diciendo:

—¡Huir! —¡Qué disparate! ¿Adónde podrémos ir que no nos siga? ¿Dónde podrémos ocultarnos que no nos descubra? Vaya, no hay qué pensar en semejante desatino. Lo que debemos hacer es poner piés en pared y defendernos.

—¡Defenderse!... —exclamaba el padre de Berta,— ¿con qué armas? ¿Con qué fuerzas?

—No se necesitan ni fuerzas ni armas— replicaba la nodriza. — Un dia se cierra la puerta á piedra y lodo... y que llame... A puerta cerrada el diablo se vuelve.

— Ama Juana, eso es insensato — decia el padre de Berta— si no entra por la puerta entrará por la ventana ó por la chimenea.

Juana se mordió los labios pensativa, porque precisamente lo que ella no acertaba á explicarse era cómo habia podido entrar la primera vez en la casa, porque la puerta estaba siempre cerrada; era preciso llamar para que la abriesen, y no se abria nunca sino bajo la inspeccion del ama de llaves; queria saber quién entraba y quién salia, y era en esto muy cuidadosa. ¿Cómo, pues, habia podido entrar sin ser visto ni oido?

Sus primeras indagaciones acerca de este punto misterioso se dirigieron á Berta... y Berta le contestó sencillamente que entró sin llamar porque habia encontrado la puerta abierta. Esto para la nodriza era imposible.

Se quedó, pues, pensativa, porque en efecto, aquel

demonio de hombre podia entrar en la casa aunque la puerta estuviese cerrada.

La conspiracion no pasaba de estos dos medios de ejecucion: ó huir ó defenderse. Huir era inútil y defenderse era un recurso impracticable. El padre de Berta y el ama de llaves discutian diariamente estos dos puntos sin que la luz brotára por ninguna parte. ¿Y habian de resignarse á vivir bajo el yugo diabólico de aquel hombre? Ambos se encontraban en una situacion difícil de pintar, vivian con el alma en un hilo y se les podia ahogar con un cabello.

Pero bien, ¿quién es este hombre que los domina con su presencia, que los encadena á su voluntad y que se ha hecho dueño del corazon de Berta? Se llama Adrian Baker, carece de familia y posee grandes bienes de fortuna. Hé ahí todo lo que saben. Por lo demas, es un jóven alto, suelto y flexible, rubio como el oro y blanco como la nieve; de palabra viva, apasionada, ardiente, y de mirada firme, escudriñadora y triste. El azul de sus ojos es ese azul oscuro que presenta el agua en las grandes profundidades.

Su trato no puede ser ni más natural ni más afectuoso ni más sencillo. Entra en la casa y sube la escalera en cuatro saltos; no hay quien lo detenga; si encuentra al padre de Berta se arroja á él y lo abraza, y el buen señor se estremece de piés á cabeza bajo la presion de aquellos abrazos afectuosos. Si es el ama de llaves la que le sale al paso, le pone cariñosamente la mano sobre el hombro, y siempre tiene en la boca una frase feliz, una lisonja diabólica que causa en la nodriza una

emocion extraña. Siente como si toda su sangre recibiera de pronto la savia de la juventud.

No hay manera de eludir el encanto de sus palabras, el influjo de su voz; el hechizo de su presencia. Juana ha advertido que cuando mira á Berta, sus ojos brillan con un resplandor semejante al que despiden los ojos de los gatos al traves de la oscuyidad; ha observado tambien que Berta palidece bajo el dominio de aquellas miradas y que baja la cabeza como si se sometiera al poder de una voluntad invencible.

Ha observado más todavía, y es que este demonio de hombre á lo mejor se queda pensativo, con la barba apoyada en la mano y fruncido el entrecejo como si tuviese delante alguna vision tremenda, y que luégo, así como si despertára de un sueño, vuelve á sonreir, á hablar, á moverse... El padre de Berta ha observado, á su vez, que de todo sabe, que de todo entiende, que todo lo explica, lo comprende y lo adivina, como si poseyese el secreto de todas las cosas. Y estas observaciones se las comunican entre sí llenos de admiracion y de asombro.

Unas veces, sentado junto á Berta, se entretiene en devanar los hilos y las sedas con que ella borda, ó en recortar figuras fantásticas en cualquier pedazo de papel que encuentra á la mano. Entónces parece un niño. Otras veces habla del mundo y de los hombres, de países lejanos y de épocas remotas, con tanta gravedad y tanto juicio, que parece un viejo que se retira de la vida cargado de experiencia.

Pero ¡ah! cuando se sienta delante del piano no hay más que entregarse á los caprichos de su voluntad. Las

teclas, heridas por sus dedos, producen cantos tan vivos, tan risueños, que el alma se llena de alegría; mas de repente cambia de tono, y el piano gime cómo una voz que solloza y el corazon se conmueve y los ojos se llenan de lágrimas. No pára aquí la cosa, porque cuando ménos se espera, resuena por la caja del piano un trueno sordo y profundo, y se oyen, ya más cerca, ya más léjos, notas que estremecen y cantos que aterran; parece que por la voz de las cuerdas estremecidas hablan en lenguaje ignorado todas las almas del otro mundo.

## IV.

Bueno que para el ama de llaves sea Adrian Baker el diablo en persona, ó bien un hombre que tiene el demonio en el cuerpo, ó al ménos un sér extraordinario que posee el secreto diabólico de algun filtro prodigioso. Bueno que el padre de Berta vea en él un espíritu avasallador, una naturaleza excéntrica... Y quien sabe... Ha oido hablar alguna vez de flúidos misteriosos, de fuerzas sutiles que atraen ó rechazan, de influencias dominadoras, de prodigios magnéticos; y aunque no ha prestado nunca á esas cosas la mayor atencion, piensa en ellas desde que se siente dominado por tan extraño personaje, y cuando ménos Adrian Baker es su idea fija, su idea terrible, su preocupacion contínua, su monomanía constante. Muy bien; el padre de Berta y el ama de llaves pueden atribuirle las facultades maravillosas que sus imaginaciones acaloradas les sugieran; pero nosotros no he-

mos de participar de esas alucinaciones, ni por ellas hemos de sacar en limpio que Adrian Baker está fuera de la ley comun á que vivimos sujetos los simples mortales.

Esto es claro; mas, no obstante, ¿quién es Adrian Baker?

Reunirémos aquí todas las noticias que se han podido adquirir, y cada uno formará por ellas el juicio que más le acomode.

Todavía no hace dos años que uno de los coches que trasportan los pasajeros de la estacion del camino de hierro á la ciudad en que nos encontramos, corria al gran galope. Volvia de la estacion, y la arrogancia con que el cochero hacía galopar á los caballos dejaba traslucir la urgencia ó la importancia de los viajeros que conducia.

Este coche penetró en la ciudad y fué á detenerse delante de la puerta de la fonda más lujosa de la poblacion: allí se apeó el único viajero que llevaba, y el viajero era Adrian Baker. Iba envuelto en un gran abrigo de viaje, forrado de finísimas pieles. La solicitud con que acudieron á recibirlo los mozos de la fonda significaba que habian descubierto en el nuevo huésped un manantial de propinas. El cochero lo despidió con la gorra en la mano, y al volverle la espalda miró á los circunstantes mostrándoles en el ojo izquierdo una moneda de oro.

No fué necesario más para que la maleta del huésped subiera en volandas á la habitacion más suntuosa de la fonda. Siete ciudades de Grecia se disputaron el honor de haber servido de cuna á Homero; más de siete mozos se disputaron el honor de cargar con la maleta de Adrian Baker. Parecia un rey que entraba en su palacio.

Durante algunos dias se le vió solo y á pié recorrer las calles de la ciudad y visitar los monumentos más notables; despues, solo tambien, pero en coche, se le vió examinar los sitios más agrestes y más pintorescos de las cercanías con la atencion de un artista, de un filósofo ó de un poeta.

No era inaccesible al trato de las gentes, y pronto tuvo muchos amigos que se hacian lenguas de las excentricidades de su carácter, de sus riquezas y de su talento; de modo que fué por algun tiempo la novedad del dia, y, por lo tanto, el platillo de todas las conversaciones. Conquistar su amistad habria sido para los hombres un triunfo, y conquistar su corazon habria sido para la mujer más encopetada mucho más que poner una pica en Flándes; pero Adrian Baker conservaba perfectamente cerradas lo mismo las intimidades de su amistad que las de su amor; de manera que no se sabia de él más que tres cosas: que era jóven, que era rico y que habia corrido medio mundo.

Se le supuso inglés, aleman y norte-americano; en primer lugar porque era rubio, y en segundo lugar porque, áun cuando hablaba en español como si fuese su lengua nativa, se advertia en su acento cierto sabor extranjero que cada cual interpretaba á su gusto.

Por lo demas, parecia complacido de la belleza del cielo y de la alegría de la naturaleza, y aunque á nadie habia dicho si pensaba permanecer allí mucho tiempo, el caso es que no se marchaba. Sin duda alguna debió cansarse de la vida de la fonda, y de la noche á la mañana compró una gran casa y se instaló en ella como un prín-

cipe. Este edificio, venerable por su antigüedad, tenía el grandioso aspecto de un palacio, y uno de sus ángulos daba frente á la casa de Berta.

Tales son todas las noticias que se tenian acerca de Adrian Baker. Ya sabemos, pues, que el demonio de Adrian Baker no era ni más ni ménos que el vecino en persona.

Una noche que volvia de hacer su diaria visita á Berta entró en su casa, atravesó el vestíbulo y se encerró en sus habitaciones. Poco despues se cerró la gran puerta del palacio, roncando duramente sobre sus goznes; se fueron apagando las luces y todo quedó en profundo silencio. Sin embargo, Adrian Baker no dormia.

En el fondo de su habitacion, alumbrada por una lámpara de luz pálida, apoyados los codos sobre un velador de caoba y oculto el semblante entre las manos, parecia sumergido en un mar de reflexiones. Y no debian ser risueñas, porque el entrecejo, duramente fruncido, daba á entender que alguna tempestad pasaba por detras de aquella frente tersa como la de un niño y pálida como la de un muerto. Y es el caso que la luz de la lámpara, reflejándose sobre sus cabellos ensortijados y rubios, envolvia la cabeza en fantásticas vislumbres.

Despues de muchos minutos de inmovilidad y de silencio dió una violenta palmada sobre la mesa, prorumpiendo en estas tres exclamaciones:

—¡Malditas riquezas!... ¡Odiosa sabiduría!... ¡Cruel experiencia!...

Luégo se puso de pié, y dando vueltas por la estancia como un loco, gritaba con voz sorda:

—¡Fe!... ¡Fe!... ¡La duda me ahoga!...

A poco de estas exclamaciones sacudió su hermosa cabeza y lanzó una terrible carcajada.

—Bueno—dijo.—La prueba es tremenda, pero necesito esa prueba... Es preciso bajar al sepulcro... Bien, bajaré. Hay que consultar al sombrío oráculo de la muerte acerca de los misterios de la vida. Muy bien, le consultarémos.

En aquel momento el tubo de cristal en que se hallaba encerrada la luz de la lámpara estalló, cayendo roto en mil pedazos; la llama se oscureció tomando un color rojizo y exhalando un humo negro que envolvió la estancia en sombras que se deslizaban por las paredes, se confundian en el techo y se cruzaban sobre el pavimento; parecia que los muebles andaban, que el techo se hundia y que las paredes se alejaban.

En medio de esta danza diabólica de luz y de tinieblas la llama se apagó como si obedeciera á un soplo invisible, y en medio de aquella oscuridad todo fué silencio.

## V.

Algo extraordinario debia ocurrir en la casa de Berta, porque el ama de llaves parecia dominada por un repentino desasosiego que no le dejaba ni un momento de reposo. Iba y venía, subia y bajaba, entraba y salia con el aturdimiento del que no se da cuenta de su movilidad. Era una especie de ataque de nervios que habia duplica-

do en un momento la casera actividad del ama de llaves. A lo mejor se paraba bruscamente, y apoyando el dedo índice en el labio superior, se quedaba suspensa como si buscára la explicacion de algun misterio ó la clave de algun enigma, gesticulaba con expresiva elocuencia y se puede decir que pensaba por gestos.

Mas la causa de la agitacion que le advertimos no debia ser aterradora, porque en medio de todo podia encontrarse en ella algo parecido á la alegría, una alegría reconcentrada, que á pesar suyo se escapaba al traves de su movilidad y de sus muecas. En esta pobre naturaleza humana se confunden muchas veces las alegrías y los pesares en unos mismos síntomas, y se llora de regocijo lo mismo que de pena, una buena noticia nos trastorna lo mismo que una terrible nueva.

Sea lo que quiera, ello es que el ama de llaves parecia agitada por el resorte interior de algun pensamiento que daba incesantemente vueltas en su cabeza, y algo esperaba con impaciencia, pues de vez en cuando prestaba atencion, alargaba el cuello y aplicaba el oido.

De pronto sonó el timbre de la puerta con dos golpes lentos, acompasados, reflexivos, que causaron en la nodriza el efecto de una descarga eléctrica. Arrojó léjos de sí unas telas que tenía en las manos, derribó unas sillas que encontró al paso, rasgó una cortina que se le puso delante, y se lanzó á la escalera, dejando en pos de sí, como las tempestades, la desolacion y el estrago.

Asió el cordon que servia para abrir la puerta, y tiró con tanta fuerza que la puerta se abrió de par en par, apareciendo en ella el padre de Berta, que entró des-

pacio, apoyándose en su baston como hombre á quien empiezan á faltarle las fuerzas para vivir. Al entrar alzó los ojos al cielo con triste desaliento, y vió al ama de llaves que desde lo alto de la escalera intentaba decirle algo, agitando los brazos y moviéndose y gesticulando como el aparato de un telégrafo óptico. El buen señor no entendia ni una palabra de aquel lenguaje telegráfico, y se detuvo al pié de la escalera, queriendo descifrar el tumulto de señas que el ama de llaves arrojaba sobre su cabeza. Pero, ya se ve, no era excesivamente diestro en esta clase de averiguaciones, y su imaginacion poco viva se encontraba en aquel momento paralizada. Al fin se encogió de hombros con cierta desesperacion resignada y paciente; era tanto como exclamar: «¡Qué demonios está V. diciendo!» El ama de llaves se cruzó de brázos y movió tres veces la cabeza de un lado á otro; queria decirle: «Torpe... torpe... torpe.» El buen hombre se encorvó bajo esta triple acusacion, y comenzó á subir la escalera. Al fin de ella lo esperaba el ama Juana, y sin más ceremonia ni cumplimiento lo cogió de la mano, y como si fuera un niño lo llevó á su cuarto; y allí, despues de asegurarse de que nadie podia oirla, se acercó al oido del padre de Berta, y con voz misteriosa y con todo el aire de la más reservada confidencia le dijo:

—¡Se va!

—¡Se va!—replicó el padre de Berta exhalando un profundo suspiro.

—Sí, señor—añadió ella.—Nos vamos á ver libres.

—¡Libres!—exclamó á su vez el buen señor, moviendo la cabeza con incredulidad. Despues preguntó:

— ¿Y á dónde va?

— Al infierno—contestó la nodriza. Eso es claro. Va muy léjos, no sé á qué tierras que están en el fin del mundo. Es un viaje repentino.

El buen señor volvió á suspirar con triste desaliento, y el ama Juana lo miró con asombro diciéndole :

— Cualquiera creeria que acabo de darle á V. una mala noticia. ¿Lo habrá hechizado á V. ese hombre hasta el punto...

— Sí— contestó él—porque si se va, no se irá solo, se llevará á Berta, y entónces ¡qué va á ser de nosotros!

— Nada de eso—replicó Juana.—Se va solo; solo como un hongo.

— Peor que peor—dijo el padre—porque entónces ¿qué va á ser de Berta?

— ¡Qué ha de ser!— exclamó el ama.—La del humo... si te vi no me acuerdo. Al que se va se le olvida, y al que se muere lo entierran ; ese es el mundo. Berta lo sabe todo ; ella misma me lo ha dicho, y está tan fresca, tan tranquila como si tal cosa. Bah... no necesitará un cordial para despedirlo.

Al pronunciar la última palabra volvió la cabeza, y no pudo contener un grito que se escapó de su garganta, viendo á Adrian Baker que acababa de entrar. En efecto, era Adrian Baker en persona, más pálido que nunca, vestido con un bello traje de camino. Brillaban sus ojos con un resplandor extraño, y vagaba en sus labios una mirada casi triste y casi burlona.

Pidió mil perdones por la sorpresa que acababa de causar, y dijo que circunstancias imprevistas lo obliga-

ban á emprender un viaje repentino á Nueva-York, donde asuntos del mayor interes lo llamaban con urgencia, pero que permaneceria ausente poco tiempo, dando pronto la vuelta.

— Me voy—añadió—pero me dejo aquí mi corazon, y volveré á recogerlo.

Dicho esto, abrazó al padre de Berta tan cariñosamente que el buen señor se sintió enternecido, y el ama Juana, dominada por la voz y la presencia de aquel hombre singular, sintió que algunas lágrimas se agolpaban á sus ojos, y acudió á contenerlas con la punta del delantal.

Adrian Baker le puso una mano sobre el hombro, mano que el ama de llaves sintió temblar, y estremeciéndose á su vez, oyó que le decia:

— Ese es el mundo... ¿eh? Bien; verémos.

Despues salió de la habitacion, y el padre y la nodriza lo siguieron maquinalmente.

Berta les salió al encuentro, y su mano fué á buscar la de Adrian Baker, y ambas manos se estrecharon permaneciendo por mucho tiempo unidas.

Berta dijo con voz temblorosa y dulce:

—¿Volverás pronto?

— Pronto—contestó él.

—¿Cuándo?—volvió á preguntar ella.

— Pronto—replicó Baker.—Si me esperas, tu propio corazon te anunciará mi vuelta.

— Te esperaré siempre — dijo Berta con voz ahogada, sin que apareciera ni una lágrima en sus ojos.

Aquellas manos unidas se separaron, y Adrian Baker

se lanzó á la escalera, bajó precipitadamente y poco despues se oyó el ruido del coche en que se alejaba.

Berta miró á su padre con dulce sonrisa, y huyó á encerrarse en su cuarto.

Cuando el rumor del coche se extinguió á lo léjos, como un trueno que se apaga, el ama de llaves se santiguó y dijo:

—Se fué... respiremos.

## VI.

Por lo visto, el ama Juana conocia bien el corazon de las mujeres, ó por lo ménos el corazon de Berta, porque hacía ya tres meses que Adrian Baker habia partido para Nueva-York, y ni una vez siquiera pudo sorprender una lágrima en los ojos de la huérfana, á quien ella habia servido de madre. Berta parecia indiferente al dolor de aquella ausencia.

Es verdad que durante los tres meses de ausencia se habia recibido una carta de Nueva-York en la que Adrian Baker decia á Berta todo lo que se dice en esos casos; era una carta sencilla, tierna y apasionada, no parecia que estaba escrita á tres mil leguas de distancia, al otro lado del gran Occéano donde naufragan los amores más ardientes y más profundos. Es verdad que esta carta fué contestada á vuelta de correo, y que cruzó las tempestuosas soledades del mar llena de promesas y de esperanzas.

Tambien es verdad que la carta de Adrian Baker la

guardó Berta cuidadosamente, conservándola como se conserva una reliquia. Es verdad que pasaba las horas muertas delante del piano haciendo correr los dedos por las teclas, modulando los aires favoritos de Adrian Baker, y que él mismo le habia enseñado. Pero fuera de esto, Berta vivia como el resto de las mujeres, conservaba un excelente apetito, y dormia con el tranquilo reposo de los corazones felices. Empleaba sus horas habituales de tocador, y se complacia en embellecerse. Se habian dulcificado algunas asperezas de su carácter, hablaba de todo con su natural viveza, y, en fin, á Adrian Baker no lo nombraba nunca.

Su padre y su nodriza observaban todo esto, y sacaban por consecuencia que el viajero no habia dejado huella ninguna en el corazon de Berta. Sólo un temor los alarmaba: el temor de que volviera.

Así trascurrió otro mes, y el recuerdo de Adrian Baker empezó á desvanecerse; si alguna vez se pronunciaba su nombre, era como el que evoca el recuerdo de un sueño.

Sin embargo, el sueño solia tomar el aspecto de una inminente realidad. Podia volver, y sin duda alguna no se habia despedido para siempre, su último adios no habia sido un adios eterno. Si se hallaba al otro lado de los mares, á tres mil leguas de distancia, en Nueva-York, esto es, en el fin de la tierra, más aún, en el otro mundo, su casa estaba allí, allí enfrente, abierta, habitada por sus criados, con el mismo lujo y con la misma pompa que ántes de su ausencia; aquella casa que parecia un palacio encantado esperaba á su dueño, y el órden y

el esmero con que todo marchaba en ella daba á entender que los criados no querian verse sorprendidos por la presencia repentina de Adrian Baker, es decir, que Adrian Baker podia llegar de un momento á otro, ó, lo que es lo mismo, que lo esperaban á cada momento. Las flores de la terraza extendian sus ramos llenos de vida como si las mismas manos de Adrian Baker las cuidasen.

El padre de Berta y el ama de llaves veian en esta casa una amenaza constante; para ellos venía á ser como la sombra de Adrian Baker; pero así y todo, el tiempo pasaba y el viajero no volvia.

Habia llegado la primavera, y la naturaleza se rejuvenecia con toda la riqueza de vegetacion que suele desplegar en los países meridionales, y precisamente nos encontramos en pleno Mediodía. Todo se engalanaba y sonreia, y el corazon experimentaba el vago placer de una esperanza que empieza á realizarse.

Berta participaba de este bello despertar de la naturaleza, y se puede decir que habian adquirido nuevos encantos las perfecciones de su belleza: sus ojos parecian más rasgados, más negros y más brillantes, sus miradas más dulces, más serenas y más profundas; sus mejillas más frescas, más suaves y más sonrosadas, y sus sonrisas más tiernas, más frescas y más graciosas. Su talle ha adquirido una soltura majestuosa que da á sus movimientos voluptuosidad y firmeza. Parece que la juventud ha hecho un esfuerzo supremo, y al dar la última mano á su hermosura, ha obtenido una obra maestra. Está en todo el esplendor de la belleza.

En cambio el palacio de Adrian Baker amaneció un

dia triste como un sepulcro; las persianas caidas y la gran puerta del vestíbulo cerrada le daban la apariencia de una casa desierta, dentro reinaba un silencio profundo, y no obstante, el palacio de Adrian Baker seguia habitado.

Al penetrar en el vestíbulo, la figura del portero aparecia como una sombra; todo su vestido era negro, y todos los criados de la casa vestian tambien de luto, y en sus semblantes se advertian señales de tristeza.

¿Qué ocurria?

Ocurria sencillamente que Adrian Baker habia muerto en Nueva-York de una pulmonía fulminante. La noticia habia corrido por la ciudad con la rapidez que corren las malas noticias, y habia penetrado tambien en la casa de Berta. Primero pareció increible que Adrian Baker hubiese muerto, como si la vida de este hombre no estuviese sujeta á las contingencias que experimenta la vida de los demas mortales. Mas la noticia se confirmaba, y era preciso creerla. Ademas el aspecto del palacio daba testimonio de la autenticidad del caso. En aquella casa cubierta de duelo parecia que lloraban hasta las piedras. La noticia habia llegado en una carta enlutada, fechada en Nueva-York y firmada por el jefe de la casa Wilson y Compañía, donde Adrian Baker tenía depositados grandes capitales.

El padre de Berta y el ama de llaves se miraban asombrados, y repetian alternativamente:

—¡Ha muerto!

—¡Ha muerto!

Berta, pálida como la misma muerte, los sorprendió en esas exclamaciones, y con voz sepulcral les dijo:

—Sí; ha muerto en Nueva-York, pero vive en mi alma.

Y volviéndoles la espalda, huyó á su cuarto y se sentó junto al balcon desde donde se veia la terraza del palacio. Las flores, agitadas suavemente por las brisas de la primavera, se inclinaban hácia Berta como si le enviasen un triste saludo. Ella las contemplaba sin una lágrima en los ojos; la palidez extrema que bañaba su rostro y el ligero temblor que agitaba sus labios, descubrian el dolor que afligia á su alma.

De pronto atrajo sus miradas el vuelo de una mariposa blanca que flotaba en el aire. Siguióla con ojos distraidos, y como si la mariposa se sintiera atraida por la mirada de Berta, trazando caprichosos círculos abandonó la terraza, voló rápida delante del balcon y entró en la estancia.

Por un movimiento involuntario Berta tendió las manos para cogerla, pero la mariposa se escapó de entre sus manos como un soplo, y comenzó á dar vueltas alrededor de su cabeza, formando un torbellino silencioso é impalpable que envolvia la frente de Berta en una aureola que renacia y se disipaba como una sucesion de relámpagos. Las alas de la mariposa llameaban sobre la cabeza de Berta con una luz semejante á los primeros resplandores de la aurora. Despues pasó por delante de sus ojos, la vió flotar sobre las flores de la terraza, y luégo se perdió como si se hubiera desvanecido en el aire. Buscóla con un ánsia indecible, pero en vano; ya no volvió á verla.

Entónces cruzó las manos, inclinó la cabeza, y dos

grandes lágrimas asomaron á sus ojos y rodaron por sus mejillas.

Al dia siguiente entró el ama de llaves en el dormitorio de Berta, y vió sobre la cabecera de la cama una sombra que se destacaba sobre la pared. Esta sombra tomó inmediatamente la forma de una cabeza humana, y la nodriza se detuvo.

Era la cabeza de Adrian Baker... la misma cabeza con su frente pálida, sus miradas irresistibles y su sonrisa á la vez dulce, triste y burlona.

El ama de llaves no pudo contenerse, se santiguó como si hubiese visto una vision diabólica, y retrocedió espantada.

## VII.

La muerte de Adrian Baker ha causado en Berta terribles estragos. No aflige á las personas que la rodean con contínuos sollozos y llantos interminables, no hace de su lengua el constante pregonero de su tristeza; al contrario, esconde su dolor en el fondo del alma, devora sus lágrimas ántes de que asomen á sus ojos, y ahoga sus suspiros y no exhala quejas inútiles: el nombre de Adrian Baker no se oye nunca en sus labios.

Creeríase que se ha consolado fácilmente, si no se advirtiera en sus miradas la sombra de una tristeza inmensa, si la palidez de sus mejillas no extendiera sobre la belleza de su juventud un velo fúnebre, si su voz apagada no descubriera la profunda soledad de su corazon. Al-

guna vez sonrie á su padre, pero hay en sus sonrisas la más amarga dulzura. Se la ve extinguirse como una luz que se apaga. Avara de su dolor, lo esconde dentro de sí misma como un tesoro que pueden robarle.

Su padre y su nodriza la ven enflaquecer, la ven aniquilarse, la ven morir, sin poder detener los estragos de aquella pena tenaz, sorda y muda que va minando lentamente su juventud y su vida, y maldicen el nombre de Adrian Baker, y al mismo tiempo darian su vida por resucitarlo, pero la muerte no devuelve sus presas, y no les queda más que una esperanza... la última esperanza... el tiempo.

Pero el tiempo pasa, y la memoria de Adrian Baker, semejante á un veneno lento, va devorando la vida de Berta.

Todo se ha hecho: se la ha rodeado de todos los encantos del mundo, han pretendido su preferencia los partidos más ventajosos, y la juventud, la belleza y la fortuna se han disputado el afecto de su corazon, mas su dolor ha sido inaccesible. Ella se ha sometido á todas las pruebas, y no ha sido posible arrancar de su alma al demonio de Adrian Baker. Se ha apelado á la medicina, y la ciencia ha hecho prodigios inútiles, porque la enfermedad de Berta no tiene cura.

Para la nodriza Adrian Baker la ha hechizado, ha derramado en su sangre un filtro diabólico. El amor más firme resiste á la ausencia, á la muerte no resiste ninguno. Berta, pues, estaba hechizada.

Su padre no tiene más que un pensamiento que encierra en estas palabras :

«Se fué y se la lleva... al fin se la lleva.»

Mas todavía queda un recurso á qué apelar; la soledad, el campo, la naturaleza, ¡quién sabe! el cielo, el sol y el aire de la campiña pueden reanimarla, la poesía de la naturaleza puede despertar en su corazon nuevos sentimientos y nuevas esperanzas, el murmullo del agua, el canto de los pájaros, la sombra de los árboles... ¿Por qué no? No hay dolor humano, por grande que sea, que no se empequeñezca ante la grandeza del cielo.

A poca distancia de la ciudad posee el padre de Berta una pequeña quinta, cuyas paredes blancas y cuyos techos rojos se descubren al traves de los árboles que la rodean. No se podia elegir un sitio más pintoresco. A la derecha la montaña, á la izquierda la llanura, delante el mar que se extiende á lo léjos hasta confundirse con el horizonte; y para que nada se eche de ménos en el conjunto del paisaje, se ven desde la quinta, sobre la falda de la sierra, las ruinas abandonadas de un antiguo monasterio.

Berta no opuso resistencia ninguna, porque le era indiferente vivir en la ciudad ó en la quinta; sólo mostró empeño en llevarse el piano, como si fuera su íntimo amigo, su único confidente; y la familia se trasladó á la quinta, instalándose en ella.

Quiso Berta arreglar por sí misma el cuarto que debia habitar en la quinta, que consistia en una sola pieza con reja al jardin, y que le servia á la vez de tocador y dormitorio. Sobre la cabecera de su cama colocó una hermosa fotografía que contenia una cabeza del tamaño natural. Era la cabeza de Adrian Baker, con su frente tersa y pálida, con sus grandes ojos azules, con sus hermosos

rizos rubios como el oro: la cabeza de Adrian Baker admirablemente fotografiada, y que ella misma habia miniado.

Para el piano no se encontraba colocacion á gusto de Berta. No habia en la quinta más que una habitacion comun que era la sala, que servia á la vez de comedor. Dudaba entre la sala y su dormitorio, cuando le ocurrió la idea de colocarlo en un pequeño pabellon cubierto de enredaderas y madreselva, que hacía las veces de estufa, en un ángulo del jardin. La idea le pareció felicísima, y se sonrió al concebirla, y el piano fué colocado en el pabellon, como un pájaro en su jaula.

La fatiga del viaje debió cansar á Berta, pues ántes de la hora de costumbre se retiró á su cuarto, y la nodriza la dejó acostada. ¿Durmió? no se sabe; pero al amanecer, el canto de las aves que anidaban en el jardin la hicieron levantarse. Abrió las maderas de la ventana, y una nube de pájaros voló espantada, yendo á ocultarse en las copas de los árboles iluminadas por los primeros rayos del sol. Mas pronto los más atrevidos volvieron á saltar delante de la reja, mirando á Berta con cierto descaro, como si quisieran reconocer en ella á una antigua amiga. Algunos granos de trigo y algunas migas de pan arrojados sobre el alfeizar de la ventana, fueron poco á poco atrayendo á los más tímidos y llegaron hasta la más intima familiaridad. Eso sí, el más ligero movimiento los ponia en precipitada fuga; pero pronto recobraban la perdida confianza, y volvian de nuevo á saltar alegres sobre los hierros de la reja.

Berta los miraba y se sonreia viéndolos, y al cabo de

algunos dias obtuvo de ellos que entráran y salieran con toda franqueza. En sus paseos solitarios por el jardin y por la larga calle de tilos que abria paso á la quinta la seguian, volando de árbol en árbol. Todos los dias pasaba algunas horas de la mañana en el pabellon, y allí acudian tambien los pájaros, uniendo sus alegres gorjeos á las tristes melodías que exhalaba el piano; pero la loca alegría de los pájaros no bastaba á mitigar la honda tristeza de Berta; su pensamiento era siempre el mismo: Adrian... Adrian Baker.

Este nombre, que nunca salia de sus labios, se veia escrito en todas partes por la mano de Berta, en las tapias del jardin, en los troncos de los árboles, y hasta la enredadera del pabellon habia entrelazado sus ramas de tal manera que podia leerse en ellas: «Adrian Baker». Este nombre se encontraba por todas partes como el eco mudo de un recuerdo perpétuo.

Durante las horas de las mañanas parecia animarse algo el semblante de Berta, y áun solian sonrosarse los pómulos de sus mejillas; pero á la caida de la tarde desfallecia, como si tambien llegára al ocaso de la muerte el sol de su vida.

Sentada al pié de la ventana, contemplaba en silencio las nubes que el sol encendia con sus últimos rayos. Allí estaba Juana, que habia agotado inútilmente todo el repertorio de sus conversaciones. Una ráfaga repentina flotó un momento sobre la cabeza de Berta, trazó en el aire un círculo rápido como un relámpago, y desapareció sin saber por dónde.

—¡La has visto!—exclamó Berta.

— Sí—contestó la nodriza—es una mariposa blanca que ha querido posarse en tu cabeza.

—¿Y bien?...—preguntó.

—Las mariposas blancas—dijo el ama—son pájaros de buen agüero, traen siempre buenas noticias.

— Eso es—añadió Berta estrechando convulsivamente la mano de su nodriza.—Es mi mariposa blanca, y esta vez no me engaña. Adrian viene... sí, viene por mí; eso es lo que ha venido á decirme... yo la esperaba.

El ama de llaves la contempló un instante con ojos desencajados: los reflejos del sol moribundo iluminaban el rostro de Berta de un modo particular, y la pobre mujer, no pudiendo sostener la mirada que ardia en los ojos de la enferma, bajó la cabeza y cruzó las manos, exclamando entre dientes:

—¡Dios mio!... ¡Se ha vuelto loca!

## VIII.

La idea de que Berta habia perdido el juicio, tenía al ama de llaves medio loca. Se ocultaba en los últimos rincones de la casa, y allí se escurria á llorar. Ella no podia sobrellevar sola la carga de tan terrible secreto..... pero ¿á quién confiarlo? ¡Cómo asestar al corazon de su padre tan terrible puñalada! Decirle que Berta habia perdido el juicio, era lo mismo que asesinarlo. El buen señor la espiaba con los ojos de su cariño, pero su mismo cariño le habia puesto una venda en los ojos y no advertia la locura de su hija.

Y el caso es que el ama de llaves se confirmaba cada vez más en la realidad de tan tremenda desgracia. Durante la noche, se acercaba muchas veces á su cama y la oia dormir tranquila. Ninguna alteracion extraordinaria ni en sus costumbres, ni en sus acciones, ni en sus palabras atestiguaban el extravío de su razon. Cierto, pero esperaba á Adrian Baker, y juraba que vendria. En vano intentaba persuadirla de semejante desatino, porque Berta se irritaba y la imponia silencio, ó se reia con incredulidad compasiva de las razones de su nodriza. ¿No era esto una locura?

El ama de llaves habia perdido de la noche á la mañana el apetito y el sueño, y huia del padre de Berta porque no estaba segura de guardar el secreto que llevaba en el alma. Siempre el mismo pensamiento dando vueltas en su cabeza como un remolino. Vamos, la locura de Berta iba á costarle el juicio á la nodriza.

Una noche se agitaba sin poder dormirse; su imaginacion se hallaba llena de sombras pavorosas. En medio de la oscuridad veia semblantes que se le acercaban y huian riendo y llorando, que se desvanecian para volver á reproducirse, y todas estas cabezas que danzaban ante sus ojos tenian, á pesar de sus grotescas facciones, una semejanza diabólica con la cabeza de Adrian Baker. La nodriza, aterrada, cerraba los ojos por no verlas, y sin embargo, continuaba viéndolas.

Se creia bajo el imperio de una pesadilla, y haciendo un esfuerzo se sentó en la cama. Entónces oyó un sonido lejano, un acento dulce, una música misteriosa, cuyas notas se perdian en el silencio.

Redobló la atencion de sus oidos, y pronto comprendió que aquellas notas se escapaban del piano, y saltó de la cama, exclamando :

—¡Berta! ¡Berta!

Comenzó á vestirse apresuradamente y á tientas, diciendo con voz atribulada :

—¡Sola, en el pabellon... á estas horas! ¡Hija de mis entrañas, está loca!

Todas las visiones de sus ojos se habian disipado ; no veia nada, sólo oia los acordes del piano, que resonaban á lo léjos en medio del silencio.

Salió de la habitacion en que se hallaba, y palpando los muebles que encontraba al paso, se dirigió al cuarto de Berta. Empujó suavemente la puerta, que cedió al primer impulso, abriéndose silenciosamente, y una vaga claridad semejante al último resplandor del crepúsculo, iluminó sus ojos : era la luz de la lamparilla, que ardia dulcemente encerrada en su vaso de porcelana.

Su primera mirada fué á la cama, y al pronto no vió más que un objeto informe, mas luégo descubrió que la cama estaba desierta.

Pensó coger la lamparilla que ardia en un ángulo de la estancia, para alumbrarse y dirigirse al pabellon, más en aquel momento sintió sobre su rostro una bocanada suave de viento húmedo y frio.

Volvió los ojos hácia al lado en que habia recibido la impresion del aire, y reparó que la ventana se hallaba de par en par abierta, á la que, por la parte exterior, se agolpaba la profunda oscuridad de la noche.

Y poseida de un estupor indecible, sin querer dar cré-

dito al testimonio de sus propios ojos, vió como una figura humana inmóvil delante de la reja, con las manos cruzadas y la frente apoyada sobre el quicio de la ventana.

Un sudor frio, el sudor de la muerte, inundó su cuerpo; quiso temblar y no pudo, quiso gritar y la voz se le ahogó en la garganta, quiso huir y sus piés, pegados á la tierra, se negaron á seguirla.

Con los ojos desmesuradamente abiertos, prontos á saltar de las órbitas, con la boca desencajada y el espanto pintado en todo su semblante, permaneció como petrificada, sin fuerza para sostenerse, sin voluntad para desplomarse.

Y en verdad no le faltaba razon para sentirse aterrada.

Tenía delante á Berta, inmóvil, apoyada sobre la ventana, recogiendo con atencion absorta las notas que, como un torrente, se escapaban en aquel momento del piano.

No era, pues, Berta la que rompia el silencio de la noche con aquella música increible.

¡Qué mano desconocida, qué mano invisible hacía sonar las cuerdas del piano, en medio de aquella soledad y de aquel silencio! ¡Era verdad lo que sus ojos veian! ¡Era verdad lo que sus oidos estaban oyendo! ¡Era todo ello la vision espantosa de un sueño terrible!

Y no es esto sólo, sino que la memoria atribulada de la nodriza recuerda con íntimo estremecimiento de su alma aquellas misteriosas melodías que se clavan en sus oidos. Sí; por la caja del piano resuena como un trueno sordo y profundo, y se oyen ya más cerca, ya más léjos,

notas que estremecen y cantos que aterran; parece que por la voz de las cuerdas estremecidas hablan un lenguaje ignorado todas las almas del otro mundo.

Yo no sé el tiempo que el ama de llaves habria permanecido muda é inmóvil bajo la impresion del terror que la dominaba, si Berta no hubiera reparado en ella.

No le causó ni asombro ni sorpresa ver allí á su nodriza, y acercándose la cogió una mano y sacudiéndola dulcemente le dijo:

—¿Lo ves...? ¿Lo oyes...? Es Adrian... Adrian que viene á buscarme: la mariposa blanca no me ha engañado.

El ama de llaves tuvo valor para pasarse la mano por la frente y restregarse los ojos.

—Yo sabía que habia de venir—siguió diciendo Berta—y lo esperaba todos los dias.

La nodriza respiró con ánsia, como quien hace un supremo esfuerzo.

—¿Oyes—dijo Berta—esos suspiros que se escapan del piano? Es él, él que me llama, y puesto que has venido vamos á encontrarlo.

Y diciendo y haciendo cogió la lamparilla y añadió:

—Sígueme.

El ama Juana la siguió como una sombra.

Entraron en el jardin y se dirigieron al pabellon. La pálida luz de la lamparilla iluminaba el semblante de Berta, esparciendo á su alrededor una claridad fantástica que hacía más espesas las tinieblas que la rodeaban.

La nodriza se sentia arrastrada por Berta; andaba sin

el consentimiento de su voluntad; una fuerza más poderosa que su terror la empujaba.

De esta manera cruzaron el jardin y llegaron á la puerta del pabellon. Allí Berta se detuvo y con voz dulce llamó diciendo:

—¡Adrian!

Pero su voz no obtuvo respuesta.

Entónces entró.

Juana se agarró á Berta, para no caer desfallecida, y cerró los ojos.

La luz de la lamparilla iluminó el pabellon, cuya soledad parecia asombrada de aquella visita inesperada: el piano se hallaba abierto y mudo.

—¡Nadie...! exclamó Berta suspirando.

—¡Nadie...! repitió Juana abriendo los ojos.

Y era la verdad, el pabellon estaba desierto.

## IX.

No hay duda; el piano de Berta tiene la cualidad maravillosa de hacer sonar sus cuerdas sin que mano humana intervenga en ello. Y en tal caso es preciso convenir que tan prodigioso instrumento es ademas un músico consumado, porque ejecuta con la maestría que sólo consiguen los grandes profesores.

Mas como al ama Juana no le cabe en la cabeza que un piano pueda sonar por sí solo sin que una mano por lo ménos mueva las teclas, ha decidido que anda en es-

te asunto diabólico la mano invisible, la mano cadavérica de algun espíritu del otro mundo.

No es ésta una suposicion absolutamente admisible, porque parece bastante confirmada la averiguacion de que los espíritus no tienen manos. Mas la nodriza no se detiene en esas meticulosidades y cree á pié juntillas que el espíritu de Adrian Baker anda suelto por la quinta. Condenado tal vez á un tormento eterno, se complace en atormentar á los vivos áun despues de muerto.

Y es una diablura, porque la serenata se repite todas las noches, la familia se pone en movimiento, acuden al pabellon y el piano enmudece, llegan y no encuentran á nadie. Se ha observado que las melodías que Berta toca por las mañanas las repite el piano por las noches.

Juana se siente asaltada de terrores contínuos; en la casa no hay sosiego. El padre de Berta no sabe qué pensar de semejante prodigio, y su razon está llena de confusiones, y su corazon de sobresaltos. La luz del dia disipa la agitacion de sus espíritus, les parece que son víctimas de vanas alucinaciones, y armándose de un valor heróico hacian proyectos para penetrar hasta el fondo de tan tenebroso misterio.

Era preciso que el más valiente se escondiera en el pabellon, y allí oculto esperára la hora del prodigio; de esta manera se sabria qué dedos eran los que hacian sonar las cuerdas del piano.

Firmes en este propósito esperaban las primeras oscuridades de la noche, pero entónces flaqueaba el valor de los más fuertes, el aire se llenaba de sombras pavorosas, el silencio de ruidos misteriosos y nadie se atrevia á

salir de la casa. Las noches se pasaban en vela y el pavor de que todos estaban poseidos las hacia interminables.

Y hé aquí lo que son las cosas: para Berta los dias eran eternos y esperaba las noches con ansiosa impaciencia.

Por matar el tiempo quiso una tarde visitar las ruinas del monasterio, y mostró un empeño tan vivo que no hubo más remedio que acceder á su deseo. Su padre y su nodriza decidieron acompañarla, y los tres se pusieron en camino.

No era grande la distancia que separaba á la quinta del monasterio, pero la comitiva caminaba despacio. Las ruinas desaparecian de pronto detras de una colina, como si la tierra se las hubiese tragado; mas á los pocos pasos aparecian de repente delante de los ojos y los escombros del atrio completamente arruinado detenian el paso del viajero.

Desde allí la mirada podia contemplar los muros destrozados, las paredes derruidas, los techos hundidos, y entre las piedras descarnadas las flores solitarias de las ruinas. Sólo habian resistido hasta entónces á las inclemencias del tiempo los arcos que sostuvieron la bóveda de la capilla.

La nodriza se hubiera vuelto á la quinta de buena gana y el padre de Berta no hubiera pasado de allí; pero Berta se adelantó por los escombros del atrio y fué preciso seguirla.

Penetró en la capilla pasando por debajo de aquellos arcos desnudos que amenazaban desplomarse, y fué á sa-

lir á lo que debió ser el centro del monasterio; pues los restos del muro y algunas pilastras despedazadas y mal sostenidas sobre su base, descubrian cuatro calles que, uniéndose por los extremos, formaban un cuadro: aquello debió ser el claustro; en el centro habia vestigios de una cisterna cegada.

Allí se sentó Berta sobre un trozo de cornisa que se hallaba empotrada en los escombros. Parecia complacida en medio de aquella desolacion. Su padre y su nodriza llegaron con el terror pintado en los semblantes; habian oido ruido de pasos en la capilla; más áun. Juana habia visto una sombra deslizarse, no sabía cómo ni dónde, pero estaba segura de que la habia visto.

Berta se sonrió diciendo:

—Ruido de pasos y una sombra... Bien. ¿Qué daño pueden hacernos esos pasos y esa sombra?... Serán los pasos de Adrian Baker que nos sigue; será su sombra que nos acompaña: ¿qué tiene eso de extraordinario? ¿No sabeis que lo llevo en mi corazon?... ¿No sabeis que lo espero, que siempre lo estoy esperando?...

El nombre de Adrian Baker hizo estremecer al padre y á la nodriza.

—Bien, hija mia—dijo el primero—pero estamos léjos de la quinta, el sol se está poniendo... ya es tarde.

—Sí, sí—añadió Juana—volvámonos.

Berta atrajo hácia sí cariñosamente á su padre, y le dijo:

—Padre mio, no estoy loca. Juana, no estoy loca. Adrian me prometió volver, y volverá. Yo lo espero. ¿Por qué ha de ser esto una locura? Sé que os aflijo y yo

no quiero afligiros. He pedido á Dios mil veces de rodillas que arranque de mi corazon su imágen y aparte de mi memoria su pensamiento; pero Dios, que ve todas las cosas, que todo lo penetra y todo lo puede, no ha querido. ¿Por qué? El solo lo sabe.

Los ojos del padre se cubrieron de lágrimas, y la nodriza ocultó el rostro entre las manos para contener los sollozos que hervian en su garganta.

Berta añadió:

—Sí, ya es tarde... mas me siento muy cansada... esperemos un momento.

Nada tuvieron que replicar y nada hubieran podido replicarle, porque la voz les faltaba.

Los tres guardaron silencio.

De repente los tres se miraron con ansiedad indecible, porque los tres habian oido un suspiro, un suspiro humano que parecia exhalado por las ruinas que los rodeaban.

¿Sería una ráfaga de viento que habia gemido al rasgarse entre los picos agudos de las rotas paredes?

Berta se puso de pié, y alzando la voz exclamó por dos veces:

—¡Adrian!... ¡Adrian!...

Su acento se extendió por el aire, perdiéndose á lo léjos; pero ántes de que acabára de extinguirse, otra voz resonó entre las ruinas diciendo:

—¡Berta!... ¡Berta!...

El sol acababa de ponerse, y las oscuridades del crepúsculo, como si brotáran de entre las ruinas, comenzaron á cubrir los muros desmoronados y las paredes desgajadas.

En uno de los ángulos del claustro apareció una sombra que se movia. Esta sombra se adelantó lentamente hasta llegar al centro, en que se veian los vestigios de la cisterna cegada. Allí se detuvo, y con voz clara y dulce pronunció estas palabras:

—Yo soy, Berta; yo soy.

—¡Él!—exclamó ella tendiendo los brazos en el aire.

Juana lanzó un grito de terror y se agarró á Berta con toda la fuerza de sus manos; el padre quiso levantarse, y no pudiendo sostenerse cayó de rodillas junto á su hija...

## X.

No era posible evadirse del testimonio de la evidencia. Cualquiera que fuese la causa oculta del misterio ó la tenebrosa clave del prodigio, la sombra que acababa de aparecer en el ángulo del claustro era claramente la imágen auténtica, la vera efigies, la persona misma de Adrian Baker. Los ojos atónitos de Berta, de su padre y de la nodriza no podian desconocerla.

Sus cabellos rubios, su frente pálida, el contorno de su figura, su aire, su mirada, su voz... todo estaba allí delante de los ojos asombrados de Berta, de su padre y de su nodriza.

Ahora bien, ¿era aquello una creacion fantástica de sus sentidos turbados? ¿Era un fantasma imaginario ó una realidad? ¿Padecian los tres al mismo tiempo la misma alucinacion? El pensamiento fijo de los tres era

Adrian Baker... y los sentidos suelen muchas veces fingirnos la realidad de nuestras vanas imaginaciones. El estado en que se hallaban sus ánimos, el lugar, la hora... Ya se ve; el aire produce sonidos que engañan; la luz y la oscuridad que se mezclan y confunden en la hora misteriosa del crepúsculo, pueblan la soledad de las más raras visiones. Y en medio de aquellas ruinas que empezaban á tomar formas caprichosas y, digámoslo así, á moverse bajo las primeras oscuridades de la noche, Berta, su padre y la nodriza bien podian creerse en presencia de un espectro evocado allí por su presencia.

Mas es el caso que la sombra, en vez de desvanecerse, en vez de trasformarse como acontece en esas quiméricas apariciones, adquiria ante ellos líneas más precisas, contornos más seguros, conforme se iba acercando al grupo que formaban.

Llegó á él y asió suavemente la mano que Berta le tendia. Resplandecia su mirada con el fulgor de un triunfo supremo.

—Soy yo—dijo con acento conmovido.—Yo, Adrian Baker... No soy un espectro que sale del sepulcro...

Berta se sintió desfallecida y tuvo que sentarse, y Adrian Baker siguió diciendo:

—Perdóname. He puesto tu corazon á una prueba terrible, pero todavía eran más terribles las dudas de mi alma. El mundo habia llenado mi espíritu de horrorosa desconfianza... y he querido penetrar hasta la última profundidad de tu amor. Has resistido á la ausencia y has resistido á la muerte. Tu amor no ha sido para mí un desvanecimiento fugitivo; no te engañabas al jurar-

me un cariño eterno. Me alejé de tí para espiarte y quise morir para comprenderte... Te he seguido por todas partes; no me he separado de tí ni un momento. ¡Dulce Berta mia!, me esperabas vivo y me has esperado muerto. «Si me esperas, te dije, tu propio corazon te anunciará mi vuelta», y ya lo ves, he vuelto. Sentia hácia tí una ternura inmensa, y devoraba mi corazon una duda espantosa. ¿Te habian deslumbrado mis riquezas?... Perdóname Berta. Una sabiduría tenebrosa habia helado la fe en mi alma: dudaba de todo y dudé tambien de tu corazon... de tí misma.

Berta cruzó las manos, y levantando los ojos al cielo, exclamó tristemente:

—¡Dios mio! ¡Qué cruel injusticia!

—Sí—prorumpió Adrian Baker!—¡cruel injusticia! pero tú has resucitado mi corazon; por tí ha vuelto mi alma á la vida.

—¡Ah!—dijo Berta apoyando las manos sobre su pecho—¡Si fuera tarde!...

Luégo se dirigió á su padre y á su nodriza diciéndoles:

—Siento mucho frio, volvamos á la quinta, y apoyándose en el brazo de Adrian Baker se puso en marcha.

Su padre y su nodriza la siguieron silenciosos. El buen señor lo habia comprendido todo, pero la pobre mujer no comprendia nada.

Lo que pasó aquella noche en la quinta no hay para qué referirlo, fué una noche de dolor, de agitacion y de angustia. Fué preciso ir á la ciudad y traer un médico, ¿por qué? porque Berta se moria. Adrian Baker parecia desesperado, el infeliz padre se ahogaba en sollozos y la

nodriza se escurria á llorar sin que nada bastára á contener sus lágrimas.

A la madrugada hubo que volver á la ciudad, porque el médico del cuerpo habia agotado los recursos de la ciencia y era preciso acudir al médico del alma.

Amanecia apénas cuando un sacerdote se apeó en la puerta de la quinta. La enferma lo recibió, si es posible decirlo así, con triste alegría, y poco despues todo habia concluido.

El cadáver, colocado sobre un lecho fúnebre, se hallaba en medio de la habitacion, alumbrado por seis blandones, que llenaban la estancia de tristes resplandores; la ventana, abierta, dejaba entrar la luz de la mañana, y el viento del otoño, arrancando las hojas secas de los árboles del jardin, las arrojaba sobre el cuerpo inanimado de Berta, como si la muerte rindiera homenaje á la muerte.

Atraida por el resplandor de los blandones una mariposa blanca se deslizó silenciosa y voló formando círculos alrededor de la cabeza de la difunta.

Velaban el cadáver, el padre, inclinado sobre el lecho mortuorio bajo el peso de un dolor enorme; la nodriza, desecha en lágrimas; Adrian, con los ojos secos y brillantes, pálido, inmóvil, mudo, terrible, y el sacerdote, cruzado de brazos, con la cabeza caida sobre el pecho, murmurando piadosas oraciones.

Tal era el cuadro que el sol de aquella mañana sorprendió en el cuarto de Berta. Los pájaros del jardin llegaban hasta pararse en los hierros de la reja, pero no se atrevian á entrar, miraban inquietos y huian despavori-

dos; piaban sobre las ramas de los árboles y sus tristes gorjeos parecian gemidos.

Exhalando un suspiro arrancado de lo más profundo del alma, Adrian Baker dijo con voz sorda:

—¡Infeliz de mí!... ¡Yo la he muerto!

—¡Ah! sí—exclamó el sacerdote moviendo lentamente la cabeza.—¡Justicia divina!... La duda mata.

# EL NÚMERO 13.

## I.

Confesémoslo ingénuamente; las glorias humanas no son muy duraderas; el tiempo implacable acaba al fin por disiparlas. Es cierto que todavía se pronuncia el nombre de Homero, el nombre de Alejandro, el nombre de Fídias, pero el recuerdo de estos nombres es el último reflejo de una luz que se apaga, de una gloria que se extingue.

La gran multitud del mundo ilustrado los pronuncia sin conocerlos, y me atrevo á decir que el nombre ha sobrevivido á la gloria. El literato, encerrado en su gabinete, podrá admirar el genio de Homero leyendo los cantos de la Iliada, si por un raro privilegio de sabiduría posee los secretos que encerraba la lengua griega en aquellos tiempos en que Homero cantaba la guerra de Troya. Algun guerrero de nuestros tiempos, empeñado en someter el mundo al imperio de su espada, podrá mirar con admiracion envidiosa las rápidas campañas con que

Alejandro conquistó el Asia, y en fin, un artista instruido en la historia del arte, podrá buscar los rasgos del cincel de Fídias en los restos inmemoriales de alguna estatua mutilada.

Fuera de estas tres admiraciones, Fídias, Alejandro y Homero no son más que tres nombres. Si se refleja en ellos todavía algun resplandor de gloria, es una gloria aislada, una gloria, digámoslo así, privada, gloria sin popularidad, reducida á la admiracion del literato, del conquistador y del artista.

Fídias, Homero, Alejandro... Sí señor, ¡qué grandes hombres! pero la gran multitud que hoy llena la culta Europa y la civilizada América no los conoce, no los comprende, no los admira; todo lo que hace es pronunciar sus nombres, y estos tres nombres, repetidos, vienen á ser como los ecos de tres glorias que se acaban.

En verdad no vale la pena de maravillar al mundo con prodigios de genio y de fortuna, para sobrevivir en la memoria de los hombres unos cuantos siglos; y es el caso que hasta ahora el mundo no ha podido ofrecernos una inmortalidad más duradera.

Pero hay glorias no ménos justas y que son, sin embargo, mucho más fugitivas, glorias que pasan con la brevedad de la vida y que no dejan en pos de sí testimonio auténtico que las perpetúe.

Dentro de algunos años, ¿quién podrá decir que admira á Mario, que su voz lo conmueve, que su escuela de canto le entusiasma? El siglo que se nos viene encima, ¿podrá romperse las manos en los grandes teatros aplaudiendo á la Patti? La generacion que está nacien-

do tendrá que tomar estas glorias bajo la simple autoridad de nuestra palabra.

La famosa Rachel, la gran trágica del teatro frances, tuvo la ocurrencia de morirse, y todo acabó con ella. Durante su vida, la gloria que obtuvo no pudo ser más ruidosa; pero despues, nada. Si nos ha quedado el recuerdo de su fama, no nos ha sido posible conseguir la admiracion de los que pudieron verla y admirarla.

Alguna circunstancia particular de su muerte ha traido su nombre á mi memoria, y su nombre, ya casi olvidado, ha venido á recordarme la brevedad de las glorias humanas.

Hé aquí ahora cómo cuentan que ocurrió la muerte de esta actriz famosa.

Parece que se hallaba buena y sana, sin que ningun síntoma de enfermedad anunciára alteracion alguna en el estado de su salud; mas su espíritu no debia hallarse del mismo modo, pues aunque los espíritus no mueren, se sabe que enferman, y es el caso que el espíritu de la Rachel padecia la dolencia de una preocupacion que se habia apoderado de su pensamiento.

Su médico la visitaba con frecuencia, porque la salud de la gran actriz que hacía las delicias del público, no debia ser cosa indiferente al cuidado de la ciencia. Ademas, un médico no está dispensado de admirar la gloria del arte, y bien podia inspirarle interes aquella preciosa vida, en la cual resplandecia el genio.

Por otra parte la Rachel y su médico eran antiguos amigos.

Ello es que al visitarla un dia la encontró algo distraida.

—¿En qué pensais?—le preguntó creyendo que iba á sorprenderla en un momento de inspiracion trágica.

—Pienso—contestó ella tranquilamente—en una cosa muy triste.

—¡Muy triste!—exclamó el médico.

—¡Oh! sí—repitió la reina de la tragedia; muy triste.

—No creo—observó el médico—que os podais quejar de la ingratitud del público.

—No, ciertamente—dijo la Rachel.—El público no me abandona todavía: áun puedo contar con su entusiasmo; soy yo la que voy á abandonarlo.

—¡Cómo, señora! ¿Pensais abandonar la escena? ¡Oh! eso es imposible.

—No es imposible, amigo mio; decid más bien que es necesario... que es inevitable.

El médico se encogió de hombros con manifiesta incredulidad, y ella, como si quisiera cambiar de conversacion, le preguntó sencillamente:

—¿Os acordais de la comida á que asistimos en casa de Víctor Hugo para celebrar el éxito del *Angelo?*

—Sí, me acuerdo.

—Recordadlo bien; éramos trece.

—¡Trece! exclamó el médico. Bien; es posible.

—Contad.

—Veamos.

—Víctor Hugo y su mujer.

—Dos.

—Vos y la vuestra.

—Cuatro.

— Mi hermana Rebeca y yo.

— Seis.

— Girardin y su mujer.

— Ocho.

— Pradier el escultor.

— Nueve.

— Alfredo de Musset.

— Diez.

— Un redactor de *El Siglo*.

— Once.

— Gerardo de Nerval.

— Doce.

— Y el Conde Orsay.

— Sí; los recuerdo á todos perfectamente.

— Ya lo veis—añadió la Rachel—eramos trece.

— ¿Y bien?—preguntó el médico.

— ¡Oh!—exclamó ella.—El número trece es un número fatal.

— ¡Fatal decis!

— Sí, y vais á verlo. Víctor Hugo está desterrado de Francia.

— Es verdad.

— Vuestra mujer ha muerto.

El médico hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

— Mi hermana Rebeca—siguió diciendo la Rachel—tambien ha muerto.

— No pudimos salvarla—dijo el médico.

— Madama Girardin—añadió ella—ha muerto tambien.

— Es cierto.

— Aun hay más.

— ¿Más?

— Sí: Gerardo Nerval se ha suicidado.

— ¿Quereis decir que aquella comida fué un banquete fúnebre?

— ¿Por qué no?

— Hay que morir alguna vez.

— Sin duda; por eso yo...

— ¡Que!...

— Mañana lo veréis. Eramos trece.

Ahora bien: la famosa Rachel murió al dia siguiente.

## II.

No hay nada más agradable que la amistad franca y cordial con una mujer de talento, cuando ya ha renunciado á imponer el yugo de los encantos que han sido el patrimonio de su juventud. Entónces sin perder la viveza, la espontaneidad de sus impresiones, la ligereza y la mobilidad de sus pensamientos, adquiere la madurez de los años, que da á sus juicios la seguridad de la experiencia, y á sus palabras esa mezcla de acíbar y miel de que suelen servirse las personas que desengañadas de las fatuidades del mundo no se creen, sin embargo, con derecho á ser inexorables. Parece un sabio que habla por la boca de un niño, y posee sin saberlo los tres encantos de la conversacion: discrecion, amenidad y gracia.

La amistad con un sabio debe ser muy instructiva

pero ha de fatigarse mucho el entendimiento que se vea obligado en sus horas de ocio á pasearse, digámoslo así, por las arideces de la ciencia. No ha de ser divertido eso de encontrarse á cada paso un problema, á la vuelta de cada esquina un fenómeno, y á cada palabra un término técnico de los innumerables que forman el lenguaje científico; esto es, ese lenguaje rígido, sin color y sin perfume, que todo lo diseca, lo despoetiza y lo desflora. Si á mayor abundamiento el sabio pica en filósofo, entónces decididamente su amistad es insoportable. A mí los filósofos me revientan.

Pues si buscais la intimidad de un hombre político, es seguro que os será útil, pero en cambio tendréis que sujetaros á un régimen inalterable de cábalas, de intrigas, de manejos y conciliábulos capaces de dar al traste con la paciencia de un mártir y la virtud de un santo. Eso de almorzar crísis, comer consejos de ministros y cenar últimas horas por pura amistad, más que un recreo es un suplicio, son tres platos demasiado fuertes para un estómago modestamente satisfecho.

Pero bien, fuera de la ciencia y de la política podemos encontrar un amigo que nos tienda su mano y nos abra los tesoros de su conversacion.—Aquí está: es activo, locuaz, movible; ¡friolera! es un hombre de negocios. Vais á saber lo que hay de más importante en el mundo: lo que hubo en la subasta del tabaco, lo que puede haber en el arrendamiento de la sal; por qué han subido las Bolsas de Europa, por qué baja el oro en América; qué especulacion es la que está más en boga, qué jugada de Bolsa es la más segura. Os contará como si

los tuviese en la mano los millones que forman el *activo* de unos, y los millones que forman el *pasivo* de otros; os anunciará empresas, ganancias, quiebras y liquidaciones, y os hablará de todo esto como un libro. Muy bien; pero ¿teneis fuerza para resistir el peso de tan monstruoso balance? No sabe hablar de otra cosa, y hé ahí un amigo que se os hará irresistible. Sí, os meterá sus ganancias por los ojos, pero sin soltarlas de las manos.

Y no le demos vueltas; en el mundo moderno no hay más que tres clases de hombres: filósofos, políticos y banqueros. Hay, pues, que buscar los encantos de la amistad y los agrados de la conversacion en una mujer con talento y sin pretensiones de juventud, sábia sin saberlo.

Amigas así, son un feliz hallazgo, porque no se encuentran fácilmente; es verdad que tampoco se buscan. Yo puedo asegurar que en el curso de mi vida, que ya no es corta, sólo he encontrado una. Señora excelente, que unia á las bellas prendas de su corazon un talento que bien pudieran envidiar muchos hombres que pasan entre nosotros por inteligencias superiores.

Llevaba el título de condesa con sencilla naturalidad, porque la nobleza de sus pensamientos le era tan propia que puede decirse que todo era en ella verdaderamente aristocrático: el fondo de su carácter era la benevolencia; el fondo de sus sentimientos la generosidad. Sabía apartar de su trato esa frialdad ceremoniosa que hiela la sangre en la vida del gran mundo, y á su alrededor se respiraba franqueza, cordialidad, confianza. No temo que el lector descubra el original del retrato que bosquejo, porque en el mundo lo bueno se conoce muy poco.

Recibia esta señora en su casa á sus más íntimos amigos, esto es, á los amigos de su particular preferencia, con aquella jovialidad y aquel agrado que hace tan amable el trato de las personas realmente distinguidas. La conversacion era siempre viva, animada, algunas veces erudita y no pocas profunda. Se hablaba de todo con espontaneidad, con abandono, con originalidad y con ingenio, pero siempre con juicio.

Su mesa delicada, rica y sana, era casi tan agradable como su trato.

Al sentarnos una vez á la mesa se observó que sobraba un cubierto; esto dió ocasion á que nos contáramos y éramos trece. Debiamos ser catorce, pero faltaba uno.

—¡Trece...!—exclamaron algunas voces.—¡Número fatal!

—¡Fatalísimo!—añadió una señorita contando de nuevo el número de los circunstantes.—¡Y no hay duda, somos trece. ¡Esto es terrible!

—Señora, le replicaron los incrédulos, estamos al borde de una catástrofe.

—No se burlen VV.—dijo—hay casos, casos desastrosos. Hablo formalmente y puedo citar desgracias ocasionadas por la fatalidad de ese número. En el colegio comimos una vez trece, y ántes de cumplirse el año murió una de mis compañeras que estaba ya para salir de él.

—Cualquiera—advertí yo—puede morirse despues de comer, y mucho más si tiene un año delante para coger una pulmonía, un tífus ó cualquiera de las enfermedades que matan.

—Se equivoca V.—me contestó.—Los médicos no supieron decir claramente de qué enfermedad murió mi compañera de colegio. Desde entónces le tengo horror al número trece. En París no se ponen nunca trece cubiertos en la mesa.

Nada habia que replicar á estas razones, y sobre todo á la sinceridad de su terror.

Unos se sentaron y otros permanecieron de pié, temerosos de dar ocasion á una catástrofe, y sea como quiera, empezaba á sentirse la influencia cabalística del número trece. El miedo es contagioso, y aunque la mayor parte de los convidados se sonreian burlándose de la preocupacion, allá en el fondo de su pensamiento experimentaban algo de ella.

Hubo un momento de vacilacion; éramos trece y no era fácil suprimir ninguno: si el que faltaba hubiera aparecido todo estaba salvado, pero sentarse á la mesa los trece, digámoslo así, solos, era provocar la fatalidad de ese número funesto.

No quiero decir que nos halláramos aterrados, pero sí nos sentiamos indecisos.

La condesa dejó ver su habitual sonrisa diciendo:

—No debemos jugar con estas cosas, ni tampoco me parece justo que dejemos de comer porque al número trece se le antoje ejercer una influencia tan funesta. Tomemos un partido que allane las dos dificultades que se nos presentan. Uno de VV. es preciso que se resigne á comer en una mesa aparte, y así comerémos todos tranquilamente.

En efecto, se colocó una mesa pequeña en un ángulo

del comedor, y uno de los convidados comió en ella.

Disipado el terror del caso la comida fué como todas, alegre, animada y risueña, y el número trece fué el asunto contínuo de la conversacion.

El sencillo recurso de la condesa habia alejado la posibilidad de toda catástrofe, y como ella misma decia, nos habia asegurado la vida un año por lo ménos.

## III.

Claro está que yo era uno de los incrédulos, y que habria desafiado las iras del número trece con la mayor tranquilidad del mundo, mas me pareció que la Condesa participaba algo de aquella preocupacion, y quise saberlo.

Busqué una ocasion y le pregunté:

—¿Cree V., señora, que el número trece sea un número funesto?

—Sin duda—me contestó—puesto que ha visto usted el terror que ha suscitado.

—Es decir—insistí—que no se determinaria V. á comer en una mesa donde, cóntando con usted, hubiese trece.

—Teniendo buen apetito, puedo asegurar que comeria perfectamente.

La contradiccion que notaba en sus respuestas me hicieron presumir que se burlaba de mis preguntas, y parecia complacerse en aumentar mis dudas. Estaba yo acostumbrado á los caprichos de su talento, y no me sor-

prendia que quisiera mortificar mi curiosidad, y me incliné diciéndole:

—Si lo que V. piensa acerca del influjo aritmético de ese número es un misterio, no haré más esfuerzos por penetrarlo.

Con la mayor naturalidad me contestó diciendo:

—Bien pudiera yo creer que el número trece fuera un número fantástico, un número cabalístico que anunciára catástrofes. Soy generosa, y le perdono á V. esa suposicion. Pero creer que esa mortal influencia ha de ejercerla precisamente cuando se come, cuando se reunen trece alrededor de una mesa para hacer por la vida, me parece bastante ridículo. ¿Qué misterio puede haber en esto?

—¿Es decir que V. se rie de esa preocupacion?

—No me rio, añadió; pero no participo de ella, porque, en fin, ¿qué es preocupacion? lo que no es razonable, y nada me parece tan ciego, tan absurdo ni tan monstruoso como la fatalidad. Usted sabe que yo creo sencillamente en la Providencia.

—Entónces—le repliqué—ha incurrido V. en una debilidad haciendo separar á un convidado de la mesa, para detener el rigor implacable de ese número tenebroso... parecia que rendia V. un homenaje de respeto al sombrío númen del número trece.

—Y bien—me dijo con sonrisa burlona.—¿Cómo se explica V. eso?

—No acierto á explicármelo—le contesté.

—Vamos, esta noche no es V. un prodigio de perspicacia. Yo, vuelvo á repetirlo, no creo en semejante tonte-

ría, por más que esté muy admitida entre la gente culta, pero eso no me autoriza á martirizar á las personas que tienen la bondad de venir á acompañarme. Herminia se veia muy contrariada; no es ella sola la que hubiera abrigado temores y sobresaltos, y la comida habria sido triste, desanimada, macilenta, y entónces sí que podiamos decir que el número trece habia ejercido sobre nosotros su influencia desastrosa, cuando era tan fácil inutilizar el influjo de ese número diabólico.

—Es verdad, señora; pero al fin resulta que hemos convenido en que, en efecto, el número trece es una verdadera diablura, y esta vez hemos sido sus cómplices.

—Así parece—me dijo—mas de otro modo nos exponiamos á correr el peligro de una grave contingencia.

—¿Cuál? pregunté.

—Una muy posible.

—Posible...

—Más aún; muy probable.

—No veo esa probable contingencia.

—Probable es poco; debo añadir casi segura

—Perdone usted, Condesa; pero... esta noche estoy ciego.

—No es extraño—me contestó con afectuosa indulgencia.—Cuando somos felices no vemos las desgracias; y cuando nos encontramos llenos de vida no tenemos ojos para mirar la muerte.

—¡Me asusta V., señora!—exclamé.—¡Qué desgracia nos amenaza! ¡Qué muerte se nos anuncia!

—No lo sé—se apresuró á decirme—mas convendrá usted conmigo que sea el que quiera el trabajo que nos

cueste vivir, nos morimos muy fácilmente, y no me negará V. que las desgracias y los desastres son las cosas más naturales del mundo, sobre todo en nuestro siglo.

— Ciertamente.

— Pues bien, somos trece... tenemos un año delante, y quién sabe los que de nosotros podrémos reunirnos el año que viene. ¡Cuántas desgracias pueden ocurrirnos en el trascurso de un año! Yo no me atrevo á señalar una víctima entre los que aquí nos hemos reunido esta noche; mas si hubiera una, yo, por ejemplo, Herminia, diria: ¡Eramos trece! ¡Los trece comimos alrededor de la misma mesa! y hé ahí otro caso auténtico, incontestable... Y vea V. qué injusticia, á mí misma se me culparia de mi muerte; á mí, que no pienso morirme hasta que me sea indispensable dejar esta triste vida. ¿No le parece á V. grave el caso que le presento?

— Sin duda, y nada tengo qué replicarle. Y en verdad que no hubiera adivinado que abrigaba V. tan tristes pensamiantos.

—Tristes no—me dijo con bondadosa sonrisa—la tristeza es una enfermedad del espíritu y la alegría es la salud del alma. Ea, no hablemos más del número trece.

Esta conversacion me dejó pensativo, porque ese número fatal se habia apoderado de mi imaginacion y no me dejaba un momento de reposo. Tome parte en las diversas conversaciones que se suscitaron, y no sé por qué raros caminos venía mi pensamiento á parar siempre en el número trece.

Por una terquedad, de que yo mismo me reia, estaba empeñado en explicarme por qué tantas gentes cultas,

sensatas é ilustradas rinden culto á una preocupacion tan ridícula, y queriendo penetrar en este misterio de la naturaleza humana, no advertia que la fatalidad del número trece empezaba á ser en mí una preocupacion más risible todavía.

Á la hora de costumbre empezamos á despedirnos; yo me adelanté, y tomando mi abrigo me eché á la calle. Queria estar solo.

Antes de llegar á la primera esquina oí detras de mí pasos precipitados y una voz que pronunciaba mi nombre; era una voz amiga y me detuve.

Al llegar á mí el que me llamaba, se quejó amargamente diciendo:

—¡Demonio! lleva V. una prisa inaudita; siempre nos vamos juntos porque llevamos el mismo camino, y esta noche me iba V. á dejar solo como un hongo.

—Salí distraido—le contesté—y no habia reparado....

Esto no era precisamente una excusa, era tambien la realidad de lo que me sucedia.

Mi amigo se dió por satisfecho, y movido por su habitual locuacidad, varió la conversacion exclamando:

—¡Se pasa muy agradablemente el rato en esta casa! La Condesa posee el privilegio de animarlo todo. Y esta noche ha sido una de las noches más agradables. Y ya vió V., la cosa empezó bajo malos auspicios. ¡Frioleras!.. ¡eramos trece! Pero, ya se ve, la Condesa tiene recursos para los casos más difíciles, y resolvió la dificultad con la mayor sencillez del mundo.

—Cierto—añadí yo.

—¿Y sabe V.—dijo parándose—que eso del número

trece es una cosa que no se debe tomar enteramente á risa?

—¿Lo cree V. así?—le pregunté.

—¡Phs!—me contestó:—no lo sé de cierto todavía, porque pienso poco en ello; pero yo le contaré á V. una historia bastante original, que merece contarse.

Y sin dejarme meter baza, me contó una historia que acabó de embargar mi ánimo y que me tuvo sin dormir toda la noche.

## IV.

La historia que me contó es la siguiente, y al relatarla yo, sólo me permito una ligera variacion, la de los nombres.

Simon Campollano nació el 13 de Diciembre de 1813. Tuvo doce hermanos, y Simon, que fué el último, vino al mundo á completar el número trece; y uno hoy y otro mañana, fueron sucesivamente muriendo todos, combinándose la cosa de modo que al cumplir Simon los trece años perdió á su último hermano.

Cuando tuvo edad para darse cuenta de estos pormenores aritméticos de su vida y de su familia, concibió hácia el número trece un horror invencible; pero las impresiones de la primera juventud son pasajeras, y luégo á luégo olvidó el influjo numérico que parecia presidir á su destino.

Dejáronle sus padres pocos bienes de fortuna, y decidió abandonar el pueblo en que habia nacido para

buscar en Madrid mayor espacio á sus esperanzas, porque sentia cierto vago deseo de ser algo en el mundo. Su educacion habia sido bastante mediana; sabía lo absolutamente indispensable para no ignorarlo todo, lo cual no impedia que poseyese una persona bastante agradable, pues sin ser enteramente un buen mozo, no le faltaban encantos para hacer camino en la córte, animada á la sazon por el último matrimonio de Fernando VII, que, dicho sea de paso, abrió para España la dichosa era que vamos atravesando.

Contaba, ademas del mérito de la persona, con la viveza de su carácter, con cierto aturdimiento natural que lo hacía decidor y comunicativo, y sobre todo con esa audacia á que suele ayudar la fortuna; y contaba, en fin, con su propósito de hacerse hombre importante, cosa que le parecia tan fácil como llegar y besarla durmiendo, porque su imaginacion, demasiado complaciente, todo se lo facilitaba; ya se ve, ¡tenía veintiseis años!

Llenos los ojos de la más risueña perspectiva, le volvió la espalda al pueblo en que habia nacido y tomó el camino de la córte, dejándose detras un cementerio de hermanos, con el aire triunfante del que va á tiro hecho.

Una vez en Madrid y con algun dinero á mano, pronto adquirió amigos y comenzó la nueva vida, encontrándose en ella como el pez en el agua. Nada le causó admiracion ni sorpresa, ántes bien Madrid le pareció pequeño, mezquino, pobre, insignificante; tal era el vuelo que habian tomado sus ilusiones.

No tardó mucho tiempo en adquirir esa instruccion

superficial que se adquiere en las grandes poblaciones, sin más estudio que el trabajo de hacer la vida de los teatros, de los cafés y de los sitios públicos más concurridos, y como no le faltaba cierta discrecion, hacía del caudal de sus conocimientos un uso muy ventajoso, y llegó á pasar por jóven de esperanzas.

Tres caminos le abria la fortuna para que fuese en busca de sus favores: las letras, la política y el comercio. Para las letras le pareció algo tarde; se sentia más apto para la política que empezaba á removerse, y, digámoslo así, á desperezarse; y en cuanto al comercio, por una parte carecia de capital, y por otra no se acomodaban ni su impaciencia ni su importancia á comenzar de simple *hortera*.

De todas sus observaciones acerca de lo que más le convenia, sacó en globo esta consecuencia.

« No hay nada en el mundo como ser rico. »

Y decidió serlo.

Ideó muchos planes, y cuando ya creia vencidas las dificultades de más bulto, adios proyecto; todo fracasaba, y el edificio se venía abajo como un castillo de naipes. A un plan desechado sucedia otro plan concebido, y uno tras otro fué agotando el repertorio de sus recursos.

— No es posible, decia, que mi buena estrella se haya eclipsado ántes de empezar á lucir.

Y volvia de nuevo á probar fortuna; pero la fortuna se resistia á sus tentativas, y estos desaires de la suerte lo traian triste, meditabundo y sombrío. Algun hado adverso parecia complacerse en burlar sus mejores pro-

yectos. ¿Qué mano infausta era la que se entretenia en destruir todos sus planes? Hé ahí lo que se preguntaba lleno de mortales angustias.

Dando vueltas á este pensamiento, surgió de improviso en su cabeza una idea repentina, y como el que ha dado en el *quid* de la dificultad, se plantó una soberbia palmada en la frente, y en el acto dispuso mudarse de casa.

Hasta entónces no habia caido en la cuenta de que la casa en que vivia estaba marcada con el número 13, y sintió resucitar en su alma todo el horror que esa cifra funesta le habia inspirado ántes. Aquel número era su enemigo implacable, su hado adverso, la fatalidad de su vida, y trémulo á la vez de ira y de espanto se propuso luchar con esta sombra lúgubre de su destino.

Esta vez el número trece se grabó más profundamente en su memoria, y para hacerlo más odioso á sus propios ojos lo declaró causa única de todos los desastres de la tierra; no habia calamidad en el cual no viera ya de un modo, ya de otro, la mano invisible, la influencia maléfica del número trece.

Abandonó, pues, la casa en que vivia, y se instaló en otra más favorable á sus proyectos; pero quiso probar si este recurso era bastante para ponerse á cubierto de su fatal influjo, y tratándose de un número quiso apelar al oráculo de los números, y como el que arroja el guante á su más mortal enemigo, jugó á la lotería combinando un número en el que no entrára ni el tres ni el uno.

Guardó el billete en el fondo de su cartera, y esperó el dia del sorteo con la misma ansiedad que si hubiera sido

el momento tremendo en que iba á decidirse su vida ó su muerte.

Llegó por fin ese instante supremo, y las palpitaciones de su corazon y los estremecimientos de sus nervios descubrian la horrorosa inquietud que lo devoraba. Mas la suerte le fué esta vez favorable, y trémulo como un azogado y pálido como un muerto, vió que el número de su billete habia obtenido un premio.

No era un premio capaz de llenar su gaveta ya demasiado vacía; pero el número trece estaba vencido, y Simon Campollano respiró con aire triunfante, como si de una sola bocanada hubiera querido agitar todo el aire de la atmósfera. Contaba y recontaba aquel dinero precioso, y semejante al vencedor de un terrible adversario, hacía sonar los pesos duros sobre la mesa, ni más ni ménos que si quisiera estremecer al mundo con el estrépito de las armas conquistadas.

Pero bien, aquella prueba vencedora no le pareció suficiente; debia remachar el clavo de su fortuna, aprovechando los favores de la victoria. Urgia anonadar al enemigo sobre el campo de batalla, sin dejarle tiempo para rehacerse.

No vaciló ni un instante, y volvió á jugar á la lotería. Tomó el billete que le dieron, y sin ver el número que contenia, lo guardó en su cartera y esperó el sorteo, diciendo como el romano de la antigüedad :

—La suerte está echada.

Habló por fin el oráculo de la suerte, y sin poder contener el temblor de sus manos, consultó los designios de la fortuna.

Fijó primero la mirada ansiosa en el número de su billete, y clavóla despues con doble ánsia en el número premiado, y su rostro se cubrió de mortal palidez, una nube pasó por delante de sus ojos.

Habia jugado el número 12, y habia obtenido el premio mayor de aquella jugada el número 13.

Temblaba de piés á cabeza: el número fatal surgia del fondo de su imaginacion turbada, repitiendo siempre por todos los rincones de su pensamiento la tremenda palabra:

«Trece, trece, trece.»

## V.

El cruel desengaño que acababa de experimentar aniquiló las fuerzas de su voluntad, bajó la cabeza ante la dura ley de su destino, y se cruzó de brazos, cayendo en un profundo desaliento. No se atrevia á hacer nuevas tentativas, porque el número trece con saña rencorosa se le aparecia por todas partes como un espectro, burlándose de sus esperanzas y cerrándole el paso; lo perseguia dormido y despierto, y aquella vision horrenda habia llegado á ser la sombra de su pensamiento: el horizonte se le presentaba desierto y oscuro.

Sus amigos le veian taciturno y triste, reservado y distraido, y observaban que algunas veces hablaba solo, sin atinar qué mala yerba sería la que habria pisado.

Mas por lo visto, no era tan fiero el leon como él mismo se lo pintaba. Por densa que fuera la nube que oscu-

recia su frente, ¿no habia de haber un rayo de sol que viniera á iluminar sus ojos? El número trece no habia de tener perpétuamente nublado el cielo de su vida. En la juventud siempre hay alguna claridad más ó ménos lejana que disipe las sombras fantásticas con que la imaginacion suele sorprendernos y aterrarnos.

Y algo de esto debia verificarse en el ánimo de nuestro héroe; algo habia visto que empezaba á colorear las oscuridades de su pensamiento, como los primeros albores de un dia que amanece, porque se iba suavizando la dureza de su entrecejo y del fruncimieuto de su boca, y la sonrisa solia aparecer en sus labios de la misma manera que aparece el arco íris despues de las tempestades.

¿Qué habia visto?

Poca cosa: unos ojos negros, llenos de vida, atrevidos y burlones, capaces de alegrar á la tristeza misma; una boca fresca y risueña llena de carcajadas, muy capaz de reirse hasta de un entierro; dos mejillas como dos rosas, y un talle suelto y ligero como un junco.

Habia visto á la alegría en persona.

Y el caso es que la habia visto ya muchas veces, y hasta entónces no habia reparado en ella. Era una amiga á quien visitaba con frecuencia y cuyas agudezas solia celebrar muchas veces. Ya se ve, esta muchacha, fresca como una primavera y alegre como unas castañuelas, tenía el diablo en el cuerpo.

Simon Campollano, en medio de su tristeza, se hizo observador y reflexivo, y no se escapó á su penetracion que aquellos ojos revoltosos lo miraban con dulzura, y

que aquella boca subversiva le sonreia de la manera más pícara del mundo, y quieras que no quieras, se fué aficionando á la dulzura de aquellas miradas y á la picardía de aquellas sonrisas.

Así es que empezó á animarse como una luz moribunda á la cual se le echa aceite. La imágen de una bella realidad consiguió arrinconar por segunda vez en su memoria la imágen fantástica del número trece.

Ya era otro hombre, vislumbraba algun horizonte, y poco á poco se iban abriendo ante sus ojos halagüeñas perspectivas. Echaba sus cuentas y decia:

«Sí señor; mírese como se quiera, Mariana es un tesoro: juventud, talento, belleza y alegría; familia casi ilustre, y un tio en América; tio solteron, millonario, que cansado de las delicias del Nuevo-Mundo, está realizando su capital, duro sobre duro, para venir á morir en su patria y en los brazos de su familia. Mariana está llamada á ser una rica heredera; miel sobre hojuelas.»

Y sumando todas estas felices circunstancias se restregaba las manos con la satisfaccion del hombre que ha encontrado el camino, y que sabe muy bien donde le aprieta el zapato.

«Perfectamente, añadia guiñándose el ojo; buena casa, buena mesa, coche, viajes de recreo, y una mujer, cerca de la cual no hay penas, no es un prodigio de la fortuna, ni un escándalo de la suerte; pero, vamos, se puede ir viviendo; y al fin, yo no soy ambicioso, me contento con poco.»

Hecha así la cuenta, empezó resueltamente á suspirar por Mariana, con tanta suerte, que á Mariana se le

reian los huesos cada vez que Simon suspiraba, y á sus solas se desternillaba de risa pensando que Simon se derretia por ella.

Ellos eran felices.

Ningun obstáculo se oponia al afecto que mútuamente se profesaban, y dejaban pasar los dias saboreando las dulzuras de sus tiernas intimidades. Estando tan cerca la llegada del tio millonario, que volvia de Anérica, Simon se consideraba obligado á esperar su arribo, obtener su consentimiento y tratar formalmente la boda, porque al fin aquel tio millonario era el jefe de la familia.

Mariana, como de todo, se reia tambien de la formalidad con que Simon exponia la conveniencia de guardar tan justos miramientos, porque nada despierta tanto la hilaridad de los caractéres alegres como la escrupulosa gravedad de los caractéres que quieren pasar por serios.

—Muy bien, le decia. Eso es muy atento y muy diplomático; pero mi tio va á sorprenderse de que le pidas una mano que no es suya.

—Tú eres una loca—le replicaba Simon—que te casarias tan fresca sin contar con tu tio; mas yo no tengo con él bastante confianza para tratarlo con esa familiaridad. Tú, al fin, ya eres su sobrina, y por eso no dejarias de serlo, pero yo no puedo... no debo meterme así de buenas á primeras á ser su sobrino sin contar ántes con su consentimiento.

—Bueno—advertia Mariana con la boca llena de risa—no tengo nada que oponer á eso, y sólo quiero hacerte una pregunta: ¿si mi tio te negára su consentimiento, renunciarias por eso á ser su sobrino?

La primera vez que Mariana le hizo esta observacion Simon se quedó perplejo, arrugó ligeramente el entrecejo y se mordió los labios.

—¿Temes—le preguntó á su vez—que se oponga á nuestra dicha?

—No—le contestó—no lo temo.

La vuelta del tio millonario era el plazo señalado y convenido, y en honor de la verdad, los dos lo esperaban con la misma impaciencia. Y no podia tardar, porque el buque que lo conducia hacía ya más de un mes que debió salir de la Isla de Cuba.

La víspera del dia en que segun todos sus cálculos debia llegar, fué Simon á casa de Mariana, y desde que entró, advirtió cierto movimiento en la familia, y un vago temor se apoderó de su ánimo, pero las carcajadas de Mariana le dieron á entender que nada habia turbado la habitual alegría de la casa.

—¡Carta! ¡carta!—dijo Mariana al verlo.

Y levantándose, le puso una carta en la mano.

Simon la abrió y leyó lo siguiente:

«Mi querida hermana: Me apresuro á escribirte, porque las malas noticias corren mucho y deseo tranquilizarte. Hemos naufragado delante del Pico de Tenerife, y nuestro barco se lo ha tragado la mar con todo el cargamento. Milagrosamente nos hemos salvado, no todos, pues algunos han perecido entre las olas. Todo mi capital que venía conmigo ha desaparecido en el naufragio. No lo siento por mí, lo siento por tu hija, pues eran unos cuantos millones que tenía destinados á su dote. Paciencia: Dios da los bienes y los quita. Sé que os consolará

de esta pérdida el gozo de saber que se ha salvado mi vida. Con lo poco que me queda podrémos vivir. Ahora sólo desea abrazaros pronto... tu hermano...»

Simon leyó el contenido de esta carta con voz cada vez más trémula; mas al encontrar al pié, y debajo de la firma, la fecha en que estaba escrita, se cubrió su rostro de una palidez horrorosa, no pudo ocultar que temblaba, y tuvo que sentarse.

Mariana estuvó á punto de echarse á reir, pero la risa se heló en sus labios, porque Simon parecia un cadáver.

La fecha de la carta era ésta:

«Santander, 13 de Noviembre.»

## VI.

Otra vez el número trece se presentaba á sus ojos con rencor implacable. Salia de las profundidades del abismo en el momento más inesperado, para arrancarle de las manos el bienestar que le ofrecia la dote de Mariana y la felicidad que le ofrecia Mariana misma.

¡Unos cuantos millones á punto de caer por la chimenea duro á duro, desvanecidos de repente, disipados como un sueño, perdidos sin remedio en el fondo tempestuoso del Océano! Adios buena casa, buena mesa, coches, viajes de recreo... adios, en fin, esperanza de una vida tranquila, cómoda, desahogada y dichosa. El número trece se levantaba formidable, lanzándole al rostro el escarnio de aquella catástrofe.

¡Y Mariana! Sí; los ojos de la rica heredera conserva-

ban todavía el encanto de sus miradas; sus mejillas continuaban frescas y sonrosadas por la belleza de la juventud; en sus labios purpúreos y movibles permanecia inalterable la alegría de su corazon, y su talle se erguia gracioso, indiferente á las contrariedades de su fortuna. Al perder la pingüe herencia de los millones que el mar se habia tragado, no perdió ni su belleza ni su alegría. Era la misma; las carcajadas estallaban en sus labios con la misma espontaneidad que si nada hubiese sucedido, seguia comiendo con el apetito de una salud perfecta, y dormia con el reposo de un corazon satisfecho.

Muy bien; pero ¿podia Simon seguir pensando en ella? El desastre del naufragio ¿no era un terrible auspicio? El amor puede forjarse las más risueñas ilusiones; todo puede verlo de color de rosa; pero la vida tiene una realidad inevitable, y Simon era pobre y Mariana era ya pobre tambien. ¿Qué felicidades podia ofrecerle su bolsillo cada vez más mermado? Él solo conseguiria vivir algun tiempo más rodeado de ciertas comodidades, y áun de cierto lujo... los dos tendrian al fin y al cabo que resignarse á la pobreza, y últimamente á la miseria.

El número trece, que acababa de robarle tanta riqueza, le hacía tambien renunciar al amor de Mariana.

Tales eran los pensamientos que agitaban su espíritu.

«Es bella, se decia, y puede encontrar un hombre que la haga rica. Hay que huir de ella, su mano ya no me pertenece. Era un tesoro... sí, un tesoro.»

Poco á poco se fué alejando de Mariana. Siempre en-

contraba alguna excusa para disculpar la poca frecuencia con que iba á visitarla; eludia toda conversacion peligrosa, y no encontraba nunca motivo que le diese pretexto para un rompimiento, porque Mariana, siempre alegre, no tenía para él más que sonrisas. Alguna vez se burlaba de su aspecto sombrío y taciturno, y llamándole el caballero de la Triste Figura se reia á carcajadas de su silencio y de su tristeza. Pretendia, por lo visto, con sus halagos y con sus burlas, infundirle el perpétuo regocijo de su alma; tarea inútil, porque ni sus burlas ni sus halagos le conmovian; parecia que su corazon se habia petrificado.

Cada vez le costaba más trabajo ir á la casa de la que habia estado tan cerca de ser una rica heredera, porque en ninguna parte se encontraba más desasosegado ni más inquieto. Allí se le habia aparecido la última vez el número fatal, y nada le parecia más sombrío que aquella casa.

Le urgia, pues, salir de una situacion que se hacía por momentos más insostenible y más embarozosa. Otra mujer habria provocado una explicacion; se hubieran cruzado quejas, recriminaciones, y como las palabras se enredan fácilmente, nada más natural que venir á parar á un rompimiento. A lo ménos si ella, pagándole en la misma moneda, se hubiese mostrado retraida, reservada, ofendida de su conducta, él habria redoblado su indiferencia, y al cabo de poco tiempo el amor hubiera acabado por sí mismo.

Mas ella ni se mostraba resentida, ni pedia explicaciones, ni salia de sus labios palabra alguna que descu-

briera enojo ó recelo, siempre lo recibia con la misma confianza y con la misma dulzura.

Simon pensaba todo esto, y dándole vueltas y más vueltas en su imaginacion, buscaba en vano una salida que pusiera término al compromiso en que se hallaba. Y vivamente contrariado, se cruzaba de brazos diciendo:

«¡Oh!... parece que esta mujer no sabe más que reirse.»

Al fin resolvió dar el paso definitivo; preparó papel y tomó la pluma.

Escribió la primera línea, y no siguió adelante. Rasgó el papel y tomó otro.

Por lo visto, no era tan fácil desatar aquel nudo que él mismo habia formado.

La pluma empezó á correr rápidamente, dejando en pos de sí los rastros de la tinta, y á los tres renglones se detuvo.

Leyó Simon lo que habia escrito, y estrujando el papel entre sus manos, lo arrojó á la chimenea. Tampoco habia acertado á expresar su pensamiento, y por tercera vez intentó coordinar sus ideas, y despues de algunos momentos de reflexion profunda se puso á escribir de nuevo, y esta vez la pluma corrió hasta el fin sin detenerse.

Hé aquí lo que habia escrito.

«Mariana: Hay misterios impenetrables; cada uno tiene su sino, y yo soy un hombre funesto. Me persigue una suerte infausta. Llevo conmigo las desgracias y los desastres. Olvidémonos. Ya no es posible otra cosa. Toda explicacion sería inútil.»

Al pié de estos renglones estampó su firma, cerró la carta y la envió á su destino.

Al dia siguiente recibió la respuesta concebida en los términos siguientes:

«He leido tu carta, y he tenido tentaciones de llorar; más aún, muchas lágrimas se me han venido á los ojos; despues, loca de mí, he reflexionado mucho, mucho, mucho. Tu carta me parecia un enigma, y yo, tonta rematada, me empeñaba en descifrarla. Mira tú qué torpeza: la cosa es bien clara: que debemos olvidarnos, que nos olvidemos, que ya no es posible otra cosa. Entónces me he enjugado los ojos y he soltado la carcajada. Te habia comprendido.

»Bueno, olvidémonos: ¿á qué más explicaciones?.... Muy bien; nuestro amor ha naufragado como los tesoros de mi buen tio. Paciencia. Hoy mismo he sabido que el buen señor me traia de América una dote fabulosa. ¿Cuánto dirás? la friolera de ¡trece millones!»

Aquí terminaba la respuesta de Mariana, y Simon acabó de leerla, y fuera de sí, la arrojó léjos de sus manos repitiendo:

«¡Trece millones! ¡Trece millones!»

Y dominado por una agitacion invencible, comenzó á andar de un extremo á otro de la habitacion. La carta que habia caido en el suelo, se le enredó entre los piés, y cogiéndola la arrojó al fuego: la llama la devoró rápidamente, y en la ceniza negra del papel creyó distinguir fantásticamente dibujado el número trece. Retrocedió, y sus ojos alucinados le hicieron ver en la alfombra, en el techo y en las paredes la misma imágen. El número fa-

tal se repetia á su alrededor, como si por todas partes le gritára:

«Trece, trece, trece.»

Cerró los ojos, y cayó desvanecido sobre una butaca, exclamando con voz sorda.

—¡Trece! ¡Siempre el número trece!

## VII.

Ya sabemos que en el año de 1833 estábamos en los primeros albores de la regeneracion política en que hoy vivimos, pues para nosotros empezaba entónces á brillar el siglo de las luces, ó lo que es igual, empezábamos á salir de las tinieblas del *oscurantismo*. El sol que comenzaba á iluminar nuestro horizonte, por un prodigio de claridad habia de llegar hasta el punto de hacernos ver las estrellas.

Realmente entónces estábamos ciegos, mas poco á poco hemos ido abriendo los ojos, y hemos visto mucho, lo hemos visto casi todo, y nos encontramos en vísperas de presenciar lo último que nos queda que ver, que es en resúmen lo que ya estamos viendo.

Perfectamente; pero es el caso que entónces la prensa periodística no habia adquirido aún toda la fuerza necesaria al desarrollo civilizador de su naturaleza expansiva, y el pensamiento libre se mostraba todavía tímido, y la publicidad se detenia, y tropezaba á cada paso como el niño que áun no sabe andar solo.

Así es que la novedad de ciertos sucesos permanecia

ignorada, oculta en el rincon de la casa ó en el seno de la familia, sin obtener el privilegio de darle la vuelta al mundo en las columnas de los periódicos. Las gentes podian nacer, casarse y morirse, ir y venir, comer ó pasear, visitarse, y en fin vivir, sin que las letras de molde sorprendieran al público con lo raro del caso ó la originalidad del suceso.

Por esta circunstancia no pasó entónces del círculo de los amigos y de los parientes la boda de una preciosa jóven, que unia á la singularidad de su belleza la pluralidad de sus bienes de fortuna. Y es claro, su magnífico *trousseau* no pudo exponerse á la admiracion universal en los escaparates de los periódicos.

En una palabra, Ernestina de Albamonte iba á casarse sin que lo entendiese la tierra.

Y no dejaba de ser curioso el caso de esta boda, y no dejaba de hablarse de ella entre las gentes que estaban enteradas del caso, porque Ernestina, alta, blanca, pálida, de fisonomía triste, de ojos azules y sonrisa melancólica, coronada la frente de largos rizos rubios, era el bello ideal de aquella poesía romántica, casi sepulcral, que, como un paño fúnebre, empezaba ya á entristecer el genio rico, desenfadado y profundo de las musas castellanas. ¡Y qué contrastes ofrecen algunas veces las cosas! En medio de la viva algazara que producian los primeros pasos de nuestra regeneracion política, la poesía lúgubre, enlutada, parecia que sólo acertaba á inspirarse en los sepulcros. Podria creerse que á los primeros soplos de la libertad se habia despertado más sombría y más aterradora que nunca la musa de la muerte. El genio poéti-

co de aquellos dias no vislumbraba en sus tenebrosas inspiraciones más que tumbas y cementerios.

Ernestina era la creacion viva del romanticismo, y tal vez ella misma se creia encargada de realizar en el mundo las visiones de aquella literatura casi patibularia. Su aire desmayado, su mirada indiferente y su voz dulce y apagada hacian presumir que andaba sobre la tierra por pura condescendencia.

Detras de la triste idealidad de su melancólica belleza habia una realidad bastante alegre: el señor de Albamonte poseia cuantiosos bienes de fortuna, y Ernestina era su hija única. Muchos aspiraron á conquistar el corazon de tan bella criatura; unos con versos llorones, verdaderamente lamentables, porque en aquella época *hacian furor* los versos del género aflictivo; otros con simples suspiros; y no faltaria alguno que pensára en una pistola ejecutiva, ó en un veneno lento, para poner término á sus dias en venganza de tanta ingratitud. Mas el corazon de Ernestina no se ablandaba. Todos sus pretendientes le parecian vulgares, prosaicos, y ninguno correspondia al modelo que su romántica imaginacion habia forjado.

No le pesaba al señor de Albamonte que no estuviese tan á la mano el hombre capaz de conquistar su preferencia, pues no teniendo prisa en casarla, la dejaba pensar á sus anchas en el sér fantástico con quien soñaba, ya fuese Tirante el Blanco ó Amadís de Gaula, seguro de que ningun príncipe enamorado habia de venir á robársela.

En este punto se equivocaba el señor de Albamonte,

porque la bella Ernestina empezaba á creer en la realidad de su modelo; á lo ménos sus ojos le hacian ver que andaba por este valle de lágrimas la imágen del sér venido al mundo sin más mision que la de adorarla; sér todo espíritu, sombra melancólica llena de pasion y de suspiros.

Un jóven sumamente pálido y tétrico, de ojos tristes y brillantes, de larga melena, misterioso en sus palabras y lúgubre en su acento, tenía que ser por fuerza el héroe de la novela que ella tejia á sus solas, y que siempre llevaba en su pensamiento.

Y este jóven, tal y como pudo imaginarlo, no era una vision de su melancolía; existia realmente; ella lo habia visto, habia sentido en sus ojos el resplandor fúnebre de su mirada cadavérica, y desde aquel momento se consideró amada hasta el delirio y amó hasta la locura.

Primero se cruzaron tiernas miradas, despues hablaron los suspiros, más tarde las lenguas pronunciaron eternas promesas, y fueron y vinieron billetes enamorados, llenos de admiraciones, de juramentos, de frases estupendas, y en los que el amor y la muerte se mezclaban sin ton ni són formando un ruido de palabras sublimes que constituye lo más acabado del género.

Hubo citas misteriosas, ya á traves de la reja de un jardin, y á la luz de la luna, ya en las solitarias calles de una alameda, bajo el murmullo de las hojas y entre las primeras sombras de la noche; y la pasion que á entrambos dominaba los llevó á encontrarse algunas tardes en la soledad de un cementerio.

El coche de Ernestina se esperaba en la puerta, y ella

delante de su aya, que la seguia haciéndose cruces, penetraba en el asilo de los difuntos, y á lo mejor, apoyado en el tronco de un sauce, ó saliendo de entre los sepulcros, como un muerto que resucita, aparecia la sombra del jóven meditabundo, y... aquello era lo supremo del arte.

El señor de Albamonte ignoraba que habia en campaña esa especie de trovador sin cítara, que si no era dueño del corazon de su hija, habia logrado por lo ménos sorberle el seso, mas los pretendientes desairados por Ernestina se comieron la partida, y cada uno de por sí le juró guerra á muerte al dichoso rival que los habia vencido.

¿Quién era aquel hombre? Un sér oscuro, insignificante; nadie, Simon Campollano ni más ni ménos.

Á todos les ocurrió la misma idea para alejar de Ernestina aquella sombra importuna. El medio era muy sencillo; estaba reducido á proponerle un duelo, un duelo interminable, pues debia durar miéntras quedára uno de los desairados.

Dos de ellos se presentaron en casa de Simon y le dijeron sencillamente:

— Venimos á que V. elija: ó renunciar á sus locas pretensiones acerca de Ernestina de Albamonte, ó batirse con todos.

— ¡Todos!... —exclamó Campollano.—¿Y quiénes son todos?

Somos —le contestaron — trece.

— ¡Trece! —gritó lleno de espanto. — ¡Trece... siempre trece!

Y volviéndose á ellos con furor mal contenido les dijo:

—Bien, estoy dispuesto; me batiré con los trece: uno á uno, ó todos juntos... es lo mismo.

Los dos emisarios comprendieron que la cosa iba de véras, pero ya no era tiempo de retroceder, y un duelo por lo ménos era inevitable.

El más valiente de los trece se encargó de cumplir por todos, y aquel mismo dia Simon Campollano, acompañado de dos antiguos amigos, fué conducido á su casa en un coche. Traia un brazo atravesado de una estocada, y no hacía más que repetir:

«¡Trece! ¡Trece! ¡Trece!»

## VIII.

No necesitaba el romántico corazon de Ernestina más que el lance provocado por sus pretendientes para que su amor llegára á los últimos grados de la pasion novelesca que le tenía trastornado el seso. La herida de Campollano la sentia en el alma de sus imaginaciones, y aumentaba á sus ojos el prestigio de su persona.

El primer pensamiento que le ocurrió fué acudir á la casa del herido, curarle ella con sus propias manos, jurarle á cada momento un amor eterno, y si sucumbia al rigor de la herida, morir ella tambien allí mismo junto á sus restos inanimados. Esto debia ser durante la noche para que la luz del dia siguiente descubriera los dos cadáveres unidos por la muerte.

Pero, ya se ve, las conveniencias sociales hacian irrealizable semejante propósito. La sociedad en que vivia

era demasiado vulgar, demasiado prosaica para comprender todo el valor de aquel rasgo sublime, y tuvo que renunciar á su pensamiento, despues de darle muchas vueltas en su cabeza; y Dios sabe si al fin lo habria llevado á cabo; más la herida presentó desde un principio síntomas favorables, y el enfermo entró al fin en rápida convalecencia.

Sin embargo, detras de aquel peligro vencido habia otro peligro y despues otro, habia hasta trece peligros, y en la imposibilidad de morir con él era preciso á toda costa salvarle la vida, y vengarle al mismo tiempo de sus cobardes enemigos, uniéndose á Campollano para siempre.

El matrimonio no era á sus ojos una solucion verdaderamente romántica, mas en este caso las circunstancias no dejaban de hacerlo novelesco y ella estaba resuelta á dar un paso decisivo.

Se hizo vestir con todo el rigor del caso, dió á los rizos rubios que coronaban su frente el aire del más artificioso abandono, y con paso dramático y majestad trágica se dirigió á las habitaciones de su padre.

El señor de Albamonte no esperaba la visita de su hija, y tuvo que recibirla en bata; traje que le daba cierto aspecto teatral, pues la bata era ámplia y magnífica, sembrada de vivos y hermosos colores.

—No creo—dijo Ernestina—que seais un padre tirano.

—¡Por qué!—le preguntó admirado.—Desde que murió tu madre no hay en esta casa más voluntad que la tuya. Eres rica, y puedes satisfacer tus caprichos. No

me opongo á ello. Vamos á ver, ¿qué deseas? ¿qué quieres? ¿Estás descontenta de la modista? ¿No te sirve bien la doncella? ¿Te falta algo en el tocador ó en el joyero? ¿Te has enamorado de alguna berlina encantadora? ¿Se portan mal tus caballos?

—¡Oh!—exclamó ella, levantando los ojos al cielo.—Prosa, pura prosa... que puede satisfacer á los corazones vulgares. ¡Caprichos! No se trata de eso.

—Muy bien—dijo el señor de Albamonte hundiendo las manos en los bolsillos de la bata.—¿De qué se trata, pues? Explícate.

—Adivinadlo—contestó Ernestina.

—No es fácil, hija mia,—le advirtió su padre,—adivinar los caprichos de una niña mimada. ¡Ah! no te enfades, no serán caprichos. ¿Cómo quieres que los llamemos?

Al pronto no supo qué nombre darle, pero al fin, exhalando un gran suspiro, dijo:

—Debe llamarse una pasion.

—¡Pasion!—repitió el señor de Albamonte, mirándola atentamente.—¿Y qué quiere decir una pasion?

Alzó los ojos asombrada, porque no comprendia cómo podia ignorarse lo que era una pasion. Ademas era la primera vez que se le hacía semejante pregunta, y vamos, no acertaba á dar la respuesta que se le pedia.

—Pasion—dijo—es una cosa que se siente y no se explica; son dos pensamientos en un pensamiento, es la vida del alma. No, no; amar es morir.

—¡Magnífico!—exclamó el señor de Albamonte:—

pero yo entiendo poco de esas filosofías y me quedo tan á oscuras como ántes.

—¡Ah!—prorumpió ella.—¿No habeis amado nunca?

—Sí, por cierto—le contestó su padre.—Quise á tu madre como á las niñas de mis ojos, y nos hemos llevado como dos hermanos; mas ¡demonio! su pensamiento y el mio nunca fueron uno, rara vez pensamos de la misma manera; si yo decia *haches*, ella decia *erres* Hé ahí por qué yo no te entiendo.

Ernestina se encogió de hombros mostrando cierto desden. ¡Su padre mismo no la comprendia!

—Vamos—le dijo—explícate si he de entenderte, porque supongo que querrás que te entienda.

—Pues bien,—exclamó ella con resolucion,—yo amo.

—¿Estás segura de ello?—le preguntó su padre.

—¡Oh! sí... separadme de él y me veréis morir.

Aquí el señor de Albamonte se rascó la frente, echando hácia atras el gorro de terciopelo que cubria su cabeza.

—Bien... tú amas... perfectamente... y ¿eres amada?

—Con delirio—contestó.

—¿Desde cuándo, hija mia?

—Hace mucho... mucho tiempo.

—¡Hola!—exclamó el señor de Albamonte.

—Sí,—añadió ella;—nos amábamos ántes de habernos visto.

—Bueno: y de quién se trata?

—De un jóven.

—Ya supongo que no habias de ir á enamorarte de un viejo. Lo que yo te pregunto es su nombre.

— ¿Qué importa el nombre — exclamó Ernestina.— Nos amamos, y sólo la muerte podrá separarnos. Encerradme en un convento, sepultadme en el último rincon de la tierra y desde allí seguiré amándole, mi pensamiento volará en su busca, y el aire me traerá sus suspiros, la luz del dia sus miradas, y en las estrellas de la noche leeré sus juramentos; pero jamas seré de otro. Sois mi padre, mas no debeis ser mi tirano.

—No, señorita —replicó el señor de Albamonte— no hay necesidad de tanto ruido para decirme que quieres casarte y que has elegido ya al que ha de ser dueño de tu mano. Bien. Esto debia de suceder más tarde ó más temprano, y ¡qué demonio! ¿por qué te has de encerrar en un convento, ni has de sepultarte en el último rincon de la tierra? Siempre he pensado casarte á tu gusto. Mas estas cosas tienen sus formalidades. Que venga ese mortal afortunado, que me pida tu mano y hablarémos.

— Juradme — dijo Ernestina— que no opondréis una cruel negativa: él moriria, y yo no tardaria mucho tiempo en seguirlo á la tumba; los dos iríamos en un mismo entierro. Si lo rechazais, mandad abrir dos sepulturas.

— Bien — contestó su padre — te lo juro.

Pocos dias despues se presentó en la casa Simon Campollano. El señor de Albamonte lo recibió con fina cortesía, lo hizo pasar á un gabinete reservado y allí hablaron largamente.

Terminada esta larga conferencia, Simon salió de la casa con semblante animado, andando con paso firme y la cabeza erguida.

Por su parte el señor de Albamonte no parecia descon-

tento, y paseándose por su habitacion, reflexionaba de esta manera:

—Phs... en verdad es un hombre oscuro, y no debe ser un Creso, pero me parece bastante juicioso, mide y pesa bien las cosas y puede ser un buen marido. ¡Qué diablo! yo tampoco era un príncipe, y en cuanto á caudal no ataba ciertamente los perros con longaniza, y sin embargo, mi pobre Cecilia era rica; se prendó de mi bella persona, nos casamos y hemos sido felices. Este muchacho tiene el aire algo triste. Bueno: ¡qué importa! Quiere decir que es un hombre serio. Mejor que mejor... así conseguirá desvanecer toda esa novelería que Ernestina tiene metida en la cabeza. Cierro los ojos y que se casen. Se han puesto en ello, y serian capaces de dar un escándalo. Nada, lo dicho, que se casen.

El señor de Albamonte no hizo más reflexiones acerca del particular y quedó concertada la boda.

## IX.

Como hemos visto, Simon habia parado el último golpe del número trece. Es verdad que le costaba un lance y una herida; pero en cambio el lance y la herida le aseguraban la pingüe mano de la bella Ernestina.

¿Y qué importaba aquel rasguño del primer encuentro ante el éxito total del lance? Sus trece adversarios quedaban á la vez fuera de combate por la fuerza de una estocada tremenda que á todos los atravesaba de parte á parte: la estocada triunfante de su boda.

Sin duda el amor de Ernestina era una influencia favorable que venía, como llovida del cielo, á contrarestar el maléfico influjo que el número trece ejercia sobre su destino desde el mismo dia de su nacimiento. Aquella boda repentina, y casi inesperada; podia ser muy bien anuncio de próspera fortuna; y la mano de Ernestina, blanca como la nieve y suave como la seda, semejante al escudo de Marte, lo pondria bajo su poderoso amparo, y lo tendria á cubierto de las asechanzas del fantástico poder que lo perseguia. ¿Por qué no? ¡Oh, qué risueña esperanza!

Al fin iba á ser rico. La herencia de Ernestina era considerable y estaba asegurada; consistia en fincas saneadas, en metálico y en alhajas; se hallaba, pues, libre de las quiebras del comercio, de las ruinas de la industria, de las oscilaciones de la Bolsa y de los desastres de un naufragio. Por de pronto la bella Ernestina tomaria á toca teja la cuantiosa herencia de su madre, y despues recogeria los bienes de su padre, porque el señor de Albamonte no habia de ser eterno, y Ernestina era su hija única, y por consiguiente, su única heredera.

Campollano estaba perfectamente enterado de todo esto, y bien puede decirse que tenía en el bolsillo la mano de aquella criatura á la vez tan enamorada, tan bella y tan rica. Sin embargo, allá en el fondo de su pensamiento asomaba de vez en cuando la cifra fatal del número trece, que oscurecia con sombras fantásticas la claridad de sus risueñas esperanzas. Su alegría venía á ser como el sol de otoño que alternativamente brilla y se nubla.

La boda estaba concertada, y aunque lentamente para los dos futuros esposos, se acercaba la noche en que habian de tomarse los dichos.

Simon y Ernestina convinieron en que es una vulgaridad casarse con estrépito y hacer de la boda una fiesta pública, una fiesta insoportable. El salon de un castillo, el sacerdote, los testigos y una capilla gótica, ¿qué más necesitaban ellos? ¿Hay nada más prosaico que una boda ruidosa? El genio romántico de Ernestina se avino fácilmente á ello, porque despues de todo, tiempo tenía delante para deslumbrar al mundo con las magníficas galas de su *trousseau*. En cuanto á Campollano, nada más de su gusto que aquel matrimonio á puerta cerrada porque no se determinaba á hacer mucho ruido con su boda; parecia que se asustaba de su propia dicha y que le tenía miedo á su fortuna.

En el gran salon de la casa, sin más concurrencia que la de los testigos, la del sacerdote y la del notario, los dichosos novios firmaron el contrato por medio del que se comprometian á unirse para siempre. Ernestina firmó lánguidamente, y dejando la pluma lanzó un suspiro. Despues le tocó su vez á Campollano, que se acercó á la mesa con paso acompasado, firmó con mano trémula, soltó la pluma y respiró, como quien despierta, como quien renace, mejor dicho, como quien resucita.

Firmado el contrato, quedaba aún por legitimar la voluntad de los cónyuges; faltaba la sancion suprema que habia de hacer la union perpétua, faltaba ratificar el convenio celebrado entre los hombres; era preciso que Dios mismo fuese testigo de la sinceridad de sus votos y que

el sacerdote les echára su bendicion; faltaba el matrimonio, puesto que faltaba el sacramento.

No se tenía á mano una capilla gótica, pero el gabinete predilecto de Ernestina, forrado de raso blanco y vestido de guirnaldas de flores sirvió de capilla, donde el aya habia dispuesto un altar rico y sencillo. Allí, ante Dios, Simon Campollano y Ernestina de Albamonte se juraron un amor eterno.

Ella se presentó en el momento crítico apoyada en el brazo de su padre, pálida y triste, cubierta con un vestido blanco, cuya seda relampagueaba al reflejo de las luces, y ceñia á su frente una corona de flores tan blancas como la seda del vestido. Mas que una desposada parecia una muerta, pero, justo es decirlo, una bella muerta.

Consumado el matrimonio, el señor de Albamonte quiso dar á conocer á su yerno, por lo ménos á las personas más íntimas, y como era amigo de la buena mesa, de la conversacion animada y viva, dispuso una comida de doce cubiertos para el dia siguiente.

En efecto, á la hora convenida se fueron presentando los convidados, y el salon donde el señor de Albamonte los esperaba comenzó á animarse con toda clase de conversaciones. Las miradas de los que se iban reuniendo buscaban á Ernestina y á Campollano, pero ella estaba todavía en el tocador, y el afortunado yerno brillaba aún por su ausencia.

Mas no tardó en presentarse, y su persona atrajo las miradas de los concurrentes y comprendió que no causaba mal efecto. Habia en su fisonomía gravedad, expre-

sion y gracia, y cierta nobleza en su porte que lo hacía agradable á primera vista.

El suegro al verlo entrar exclamó diciendo:

—Eh, señores: hé aquí el héroe.

Y por su órden lo fué presentando á los convidados que áun no le conocian.

Las señoras lo recibieron con amables sonrisas, reconociéndole el mérito de haber conquistado el corazon de Ernestina. Y los hombres lo acogieron como á un sér afortunado que iba á poseer las cuantiosas riquezas de aquella casa.

A su vez llegó Ernestina doblemente encantadora por su belleza y por su lujo, y obtuvo una ovacion completa.

Algo impaciente de estómago el señor de Albamonte, sólo esperaba la presencia de su hija para pedir la comida. Así es que al verla, con toda la voz de su franco y cordial apetito dijo:

—Señores, al comedor. La sopa nos espera.

Simon Campollano se apresuró á ofrecer su brazo á una generala viuda, y Ernestina aceptó el que le ofrecia un jóven diplomático, recientemente agregado á no sé qué embajada. Púsose la comitiva en movimiento, y ocupando sus respectivos puestos en la mesa, empezó á servir la sopa. Sopa exquisita, segun el voto unánime de los convidados.

Todavía saboreaba Ernestina la primera cucharada, cuando su doncella entró en el comedor y acercándose á su oido le dijo secretamente algunas palabras.

—¡Oh! sí—contestó la desposada en voz alta.—Que pase, que pase.

Y volviéndose á uno de los que servian la mesa añadió:

— Vamos, un cubierto más.

— ¡Bravo! — exclamó el señor de Albamonte. — Llega á tiempo. ¡Vamos! otro cubierto; aquí... casualmente la mesa es espaciosa.

Salió la doncella, y á poco resonó en la habitacion inmediata al comedor una soberbia carcajada.

— ¡Magnífico! — dijo el señor de Albamonte. — Conozco esa risa, y estamos de enhorabuena. Viene á sorprendernos la alegría misma. ¡Demonio! Se nos ha olvidado invitarla, y viene á pedirnos cuenta de nuestro olvido con la risa en los labios.

En aquel momento Ernestina se puso de pié, y recibió en sus brazos á Mariana que acababa de entrar en el comedor conducida por la doncella.

## X.

Mariana abrazó á Ernestina, y despues de besarse mutuamente en una y otra mejilla, dijo la primera con su voz brillante y su eterna risa.

— Esto no es regular. Casarse una amiga de toda la vida y tener que venir á pedirle un cubierto en su mesa el primer dia de su boda es inaudito. Es verdad que no congeniamos, porque tú siempre andas por los espacios imaginarios, y yo, que quieres, no salgo de mi paso.

Ernestina tuvo la bondad de sonreirse, y ella continuó diciendo:

— Señores, suplico á VV. que se sienten. Yo voy á hacer lo mismo, puesto que allí veo mi cubierto.

— Aquí está— dijo el señor de Albamonte.—A mi lado va á comer la alegría del mundo. ¡Bah! Hemos cometido un delito imperdonable.

— Imperdonable, señor de Albamonte —repitió Mariana ;— pero ya ve V. que está perdonado.

Diciendo esto, reparó en Campollano y pareció detenerse en sus labios la expresion alegre que siempre se encontraba en ellos. Bajó los ojos y siguió diciendo:

— Ernestina, he querido sorprenderte con mi presencia, y á falta de tu invitacion me he convidado yo misma. Discúlpame á los ojos de estos señores que estarán admirados de mi franqueza.

—¡Deliciosa criatura! —exclamó Albamonte. —Pide disculpas cuando nosotros somos los culpables.

La conversacion se hizo general, resonando con frecuencia entre el murmullo de las palabras las carcajadas de Mariana.

Simon ignoraba la amistad de su antigua amiga y de su reciente esposa, y la aparicion de la sobrina del tio millonario heló su sangre, cayendo sobre el calor de su dicha como un jarro de agua fria. Sin embargo, hizo frente á su situacion y tomó parte en las conversaciones, huyendo siempre de que sus palabras se encontráran con las palabras de Mariana.

De pronto el señor de Albamonte, despues de paladear un sorbo de Burdeos, dijo:

— Mi querido Simon, me anticipo á presentarte á esta señorita como á una persona de la familia.

Simon tembló de piés á cabeza, se le escapó el tenedor que tenía en la mano, y se inclinó ceremoniosamente, miéntras su suegro, volviéndose á Mariana, le decia:

—Le presento á V. al futuro padre de mis nietos; ese caballero es mi yerno.

Mariana se inclinó á su vez con cierta solemnidad, pero no pudo contener una carcajada que resonó en el corazon de Campollano de un modo muy desagradable.

Siguió la comida animada y risueña, y la alegría y el apetito, que son compañeros inseparables, daban vueltas alrededor de la mesa, trayendo y llevando el hilo caprichoso con que se tejen las conversaciones más inútiles y más entretenidas.

Una de las señoras se acercó al oido de su compañero, y le dijo algunas palabras en voz baja: él recorrió con la vista la circunferencia de la mesa, y le contestó tambien secretamente.

—¡Hola!—exclamó el señor de Albamonte.—No se consienten conversaciones privadas. Aquí todo debe ser público. Reclamo, pues, mi parte en ese secreto. ¿De qué se trata?

—Se trata—contestó la señora—de una superstícion.

—¡Magnífico! señora—dijo Albamonte.—Una supersticion viene como de molde. Sepamos qué supersticion es la que traen VV. entre manos.

—¡Preocupacion!—exclamó el que estaba al lado de la señora.—Yo por tal la tengo. Sí; hay quien rinde tributo á esa y á otras preocupaciones; pero creo que no debe turbar ni nuestro apetito ni nuestra alegría.

Esta observacion despertó la curiosidad de los convidados, y todos volvieron los ojos hácia el que acababa de hablar. Cada mirada era una pregunta.

—El caso—siguió diciendo—no merece tanta expectacion, por más que esta señora mueva la cabeza en señal de duda. Imagínense ustedes que ha tenido la ocurrencia de contarnos.

—¿Y bien?—preguntaron algunos.

—Pues—contestó—la cosa más natural del mundo. Nos ha contado, y es claro, ha sacado por consecuencia...

—¿Qué?—volvieron á preguntarle.

—¿Qué?—dijo.—Que somos trece.

Estas palabras fueron acogidas con risas y murmullos, manifestándose que habia sobre el particular diversas opiniones; pero Ernestina se levantó, porque ya estaba el café servido en el salon, y los convidados abandonaron la mesa.

Simon tuvo que hacer un esfuerzo supremo para levantarse, le pesaba el cuerpo como una montaña, las luces danzaban delante de sus ojos formando rasgos fantásticos, y un frio mortal circulaba por sus venas.

Se apoyó en la mesa y se puso de pié. El número trece llenaba su pensamiento de espantosos terrores.

Fué al salon, mudo y sombrío.

Pasó aquella noche y pasaron despues muchos dias, porque el tiempo acostumbrado á los sucesos de la vida humana, nada, por extraordinario que sea, consigue sorprenderlo, y pasa con la indiferencia del que todo lo ha visto, y nunca se admira ni jamas se detiene.

Pasó, pues, el tiempo, y la boda de Ernestina dejó de ser una novedad para los curiosos y cayó en el olvido de las gentes.

La vida que hacian los nuevos casados no ofrecia tampoco ningun incidente digno de comentarse en las tertulias de los salones, en los cafés ó en los Liceos. Ernestina hacía su vida de siempre : entre el tocador, el teatro, el salon y la cama pasaba el tiempo. Eso sí, siempre pálida, lánguida, triste, en una palabra, romántica; porque el romanticismo, cuya boga estaba entónces en todo su apogeo, era, si puedo decirlo así, la *toilette* de su alma, la elegancia de su espíritu. Un aspecto más ó ménos sepulcral era indispensable para estar á la altura de la moda.

Simon en esta parte habia defraudado las esperanzas del señor de Albamonte, porque en vez de disipar la novelería que Ernestina tenía metida en la cabeza, parecia, por el contrario, que participaba de ella. Hablaba poco, buscaba la soledad y vivia, como si dijéramos, abismado dentro de sí mismo. Sus amigos decian :

—¡Bah!... es rico, y á todos nos mira por encima del hombro. Ya se ve, no tenía una peseta, se encuentra millonario de la noche á la mañana y se da todos los aires de un sér del otro mnndo.

Aquel invierno fué muy crudo, hubo muchas pulmonías, y una de ellas acometió á Ernestina al salir del teatro.

La ciencia hizo prodigios, pero la enfermedad se resistió á todos los tratamientos, y la hija del señor de Albamonte bajó al sepulcro en la flor de su juventud, de su belleza y de su boda.

—¡Una pulmonía!—exclamaba Simon con semblante desencajado.—No... la ciencia sabe pòco. La mata una mano implacable... la mata un número infausto. ¡Eramos trece!

Los que lo oian hablar así, creian que el dolor trastornaba su juicio.

El señor de Albamonte estaba inconsolable; no esperó él nunca ser el heredero de su hija. Simon quedó á la vez viudo y pobre, y huyó de la casa y desapareció del mundo.

—¿Murió?—le pregunté al que me contaba esta historia.

—No—me dijo.

—¿Vive aún?—volví á preguntarle.

—Tampoco—me contestó.—Hace muchos años que está en una casa de locos.

—¡Infeliz!—exclamé.—Pero vamos á cuentas: si nació el año trece, ¿cómo podia tener veintiseis años en 1830?

—¿He dicho eso?

—Sí,—le contesté.

—Pues he dicho mal; debió nacer en 1803.

—¡Es una triste historia!—añadí.

—Pues áun—me dijo—queda el último detalle; en la casa de locos en que se encuentra ¡espántese V.! él es el número trece.